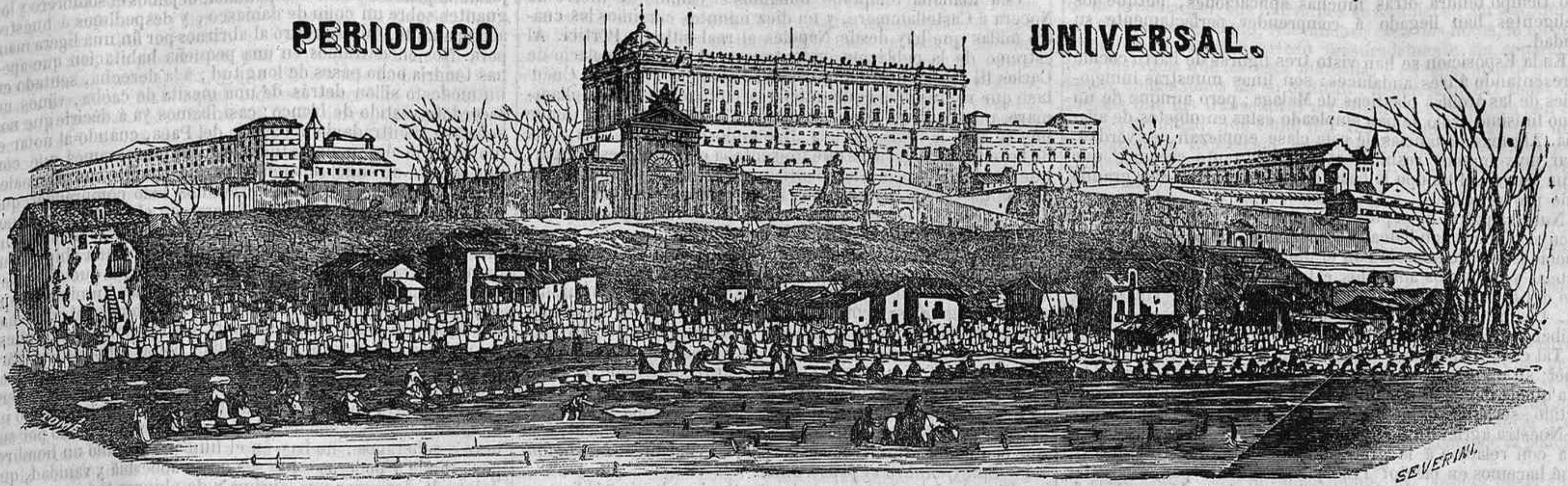


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 8.º—SÁBADO 21 DE FEBRERO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

ESPAÑA EN LA ESPOSICION.

ARTICULO VII Y ÚLTIMO.

Puede decirse que en nuestra isla de Cuba casi abunda tanto el mármol como la piedra comun: á algunas leguas de Trinidad, en los alrededores de Matanzas y no lejos de Santiago, las corrientes de agua se rompen para formar cascadas sobre lechos de mármol: la isla de Pinos no es, propiamente hablando, mas que una masa inmensa de mármol arrojada en medio de los mares; pero en los países en que el genio de la explotación no se ha domiciliado, y en que los medios de transporte son imperfectos, nada de lo que se tiene se posee, y tratándose de mármoles, hay mas distancia desde Trinidad que desde Génova á la Habana, por cuya razon piden los americanos á Europa una sustancia que existe de sobra en su país.

Lo mismo que acabamos de esponer respecto á la isla de Cuba, podemos decir de Cádiz, Barcelona, Madrid y demás ciudades principales de la Península. Los mármoles se llevan á ellas del extranjero. ¿Se deduce de aquí que no los hay en España?

Una sociedad de esta corte ha espuesto ochenta y siete muestras de mármoles de diversas clases, lo cual supone la

existencia de ochenta y siete canteras; además de esta coleccion han figurado en Londres otras de Almería, Córdoba, Granada, Guipúzcoa, Huelva, Leon, Málaga, Oviedo y Zaragoza, componiendo un total de sesenta muestras distintas.

Entre ellas se encuentran algunas sumamente notables, no solo por su calidad, sino por su carácter original y por las marcas escepcionales que presenta su fisonomia. Debemos citar, por ejemplo, los mármoles blancos con venas azules, de Loja; el pié cúbico cuesta treinta reales, y si á primera vista parece algo subido este precio, debe tenerse en cuenta que es sumamente rara aquella materia, y que si algun dia concurre á los mercados extranjeros, llegará probablemente á valer mucho mas. Tambien son estraños los mármoles de Alora, de venas azules y amarillas, formados de una cristalización rocallosa, tan original y mas hermosa aun que la primera; á pesar de la abundancia de dicha cantera, ha quedado esta sin explotarse, ó al menos se hallan suspendidos sus trabajos.

Los mármoles para escultura, de la provincia de Almería, tienen el grano tan fino como puede desearse para la ejecucion de objetos artisticos; su blancura es asimismo intachable. Cabra, en la de Córdoba, es punto riquísimo en la misma materia, y presentó diez muestras en el Palacio de Cristal: entre ellas habia una de mármol escesivamente duro y sin vetas, así como un fragmento de cristalización formada casi

esclusivamente de carbonato de cal. Esta piedra de agua, como allí la llaman, se encuentra en el cerro de Nuestra Señora, á algunas leguas de Córdoba, y se estraen de diversas clases, ya de una blancura estraordinaria, ya cruzadas de venas de colores.

Los mármoles cenicientos, rojos, castaños, pardos, negros, lisos y veteados, abundan muchísimo mas en nuestro país que los blancos: la serpentina es muy comun en Málaga, pero la de varios puntos de la provincia de Granada aparece mas elegantemente salpicada de colores mezclados que todas las demás, por cuya razon es tambien mas apreciada: la cantera que produce la mejor es muy antigua, porque las columnas del altar mayor de las Salesas de esta capital, y las del de San Miguel de Granada, se hicieron con serpentina de aquella tierra.

Los alabastros y las demás variedades de sulfato de cal proceden de Zaragoza, Santander y Murcia. Las cales hidrúlicas son particularmente de la provincia de Alava.

Las tierras ó arcillas refractarias son muy abundantes de excelente calidad. Almería ha espuesto las finísimas de Sorbas, de las cuales puede sacar el arte grandísimo partido: el kaolino, este elemento chino, al que conservamos el nombre de levante que le dieron sus descubridores, se encuentra en los distritos de Gradose, Terjera y Níjar, y el de este último punto se emplea mucho en la fábrica de la Cartuja de



La diversión que proporcionan los fuegos artificiales.

Sevilla. El kaolino hasta ahora solo ha servido entre nosotros para la fabricacion de ladrillos refractarios; pero dentro de poco tiempo tendrá otras muchas aplicaciones, porque los inteligentes han llegado á comprender perfectamente su utilidad.

En la Exposicion se han visto tres figuras de barro cocido representando á tres andaluces: son unas muestras inmejorables de las arcillas plásticas de Málaga; pero aunque de un grano finísimo, solo se han empleado estas en objetos de alfarería. Algunas sustancias de esta clase empiezan, es verdad, á dar muy buenos resultados, y por lo tanto creemos que forma un con el tiempo la base de una industria tan grande como provechosa.

Nuestra patria ha espuesto magníficos cristales de roca, en cuyo número han llamado la atención muchos encarnados, conocidos en el comercio con el nombre de jacintos de Compostela, y no pocos amarillos estraidos de la mina de *Carmen del Brasil*, situada en Majaditas, partido de Villas-buenas. Los últimos se cortan lo mismo que los topacios, y así reciben la denominacion de topacios de Bohemia.

Tal es la disposicion natural y providencial del suelo español; su opulencia es notoria, y por lo mismo incontestable, y ya queda demostrado que si sacásemos de ella un verdadero partido, seríamos el pueblo mas feliz y envidiado del mundo.

Nuestra agricultura, preciso es confesarlo, está muy atrasada con relacion á la gran fecundidad de nuestras tierras. ¿Qué hacemos en efecto? Trabajar rudamente para alimentar respectivamente nuestras provincias y enviar algun sobrante de nuestros granos á la isla de Cuba, sin que basten para cubrir las necesidades de aquella riquísima posesion. La España rural ha llegado á la mitad del camino que debe recorrer, porque su industria urbana no da bastantes productos para que hagan sentir la necesidad de crear salidas por medio de esas grandes vías de comunicacion, que son las verdaderas arterias de la riqueza pública: como nuestro suelo es fecundísimo, dejemos con indolencia que lo haga todo la naturaleza y en nada queremos ayudarla. Sin estímulos nuestros labradores, permanecen siempre rutineros, y echan mano para las labores del campo de los mismos instrumentos de que se sirvieron sus padres, sin cuidarse de las mejoras que en ellos ha introducido el deseo y la necesidad de nuevos adelantos. No hay mas que examinar la seccion industrial mecánica española de la Exposicion, para que nos convenzamos de esta verdad. ¿Y para qué hemos de introducir innovaciones en nuestros antiguos métodos de arar, de sembrar y de recoger los frutos, cuando los excelentes trigos de Zaragoza, de Huesca, de Villacastin, de Zamora y de Medina del Campo, condenados á consumirse en el territorio que los produce, por falta de medios de transporte, solo pueden multiplicarse para sufrir una baja en sus precios? Este es el cálculo de nuestros labradores, perjudicial bajo todos aspectos á los adelantos que exige nuestra agricultura.

Se han visto en la Exposicion quince muestras distintas de trigos españoles, y puede asegurarse que ningun país ha exhibido recursos alimenticios de tan superior calidad: si á ellas añadimos otras siete ú ocho clases de maiz, notables por el prodigioso desarrollo de sus granos, y dos mas de panizo, se tendrá una idea aproximada de nuestra gran riqueza agrícola, y del contrapeso que debiera hacer á las extranjeras en los mercados del mundo. El comercio de Sevilla y el de Valladolid han remitido á Londres harinas de muchas clases, así como la provincia de Valencia hermosísimas muestras de arroz, en cuyo cultivo tiene la gloria de ser el primer país del universo.

Los garbanzos, las habas, las alubias ó judías de toda especie abundan muchísimo en nuestro suelo: de lo mismo podemos decir de las castañas, de las bellotas y de la algarroba, sustancias eficacísimas para la nutricion de los animales. Si fuese fácil trasportar estos frutos, podrian dedicarse á la exportacion á precios sumamente bajos, y llegar á convertirse en un principio de riqueza inesperado.

Para completar este exámen de nuestros productos vegetales farináceos, citaremos dos plantas que pertenecen á esta clase por la composicion de sus raíces tuberculosas. La primera es el *cyperus sculentus*, cuyos bulbos, llamados *chufas*, se emplean generalmente en el mediodía y en Madrid para la confeccion de esa bebida refrigerante que conocemos con el nombre de horchata de chufas. La segunda, de la familia de los *convulvulus*, es la batata dulce de los trópicos: este tubérculo, mas azucarado que la castaña, se cultiva especialmente en la costa meridional, entre Málaga y Almería, y recibe el nombre de la primera de estas ciudades.

He aquí la España en la Exposicion de Londres: nuestra nacion, dando poca importancia á la cita universal de la industria, no ha correspondido á la invitacion tan generalmente como hubiera sido de desear: han faltado por consiguiente en el Palacio de Cristal muchas muestras de diferentes clases de industria que poseemos. En cambio se ha hecho justicia á los productos presentados por nuestros industriales, y la nacion española ha sostenido dignamente las comparaciones que se han hecho entre la riqueza de su suelo y la de otros países, aventajando á muchos en no pocos ramos, y no concediendo la superioridad á ninguno en todos los demás.

Creemos que nuestros suscritores leerán con gusto el siguiente capítulo inédito de los *Viajes por Italia con la expedicion española* (1), que nos ha facilitado su autor, el apreciable escritor D. José Gutiérrez de la Vega: los pormenores que refiere de su visita á Pio IX, no podrán menos de interesar á cuantos lo lean.

Una visita á Pio IX en el Real Palacio de Pórtici.

(EN SETIEMBRE DE 1849.)

Abandonemos á Nápoles por algunos momentos, aunque esto sea prescindir del orden que hemos establecido, y que consiste en describir sus principales monumentos antes de recorrer las bellezas mas notables de sus contornos. Pero en rigor, si hemos de seguir la cronología de las cosas, la visita

(1) El segundo tomo de esta obra se hallará de venta desde la semana próxima en el Centro de suscripciones, calle de Jacometrezo, número 26.

del Papa fué la primera que hicimos luego que llegamos á la corte de las Dos-Sicilias.

Una mañana temprano tomamos el camino de hierro de Nocera á Castellammare, y en diez minutos corrimos las cuatro millas que hay desde Nápoles al real sitio de Pórtici. Al extremo de la poblacion encontramos el precioso palacio de Carlos III, residencia entonces del Soberano Pontífice. Cuéntase que regresando aquel monarca embarcado de Castellammare, una borrasca le obligó á tomar tierra en la costa donde hoy se alza la régia morada. Habiéndose enamorado la reina de las selváticas delicias que presentaba este pintoresco lugar, que también ofrecia abundantísima caza á la predominante aficion de Carlos III, resolvió el Rey construir un palacio en donde gozar de los encantos de la primavera y del otoño. No ha sido otro el origen de este bello edificio.

El plan fué confiado al arquitecto Antonio Cannevari, artista romano de poca reputacion, y cuya obra mas notable es un acueducto que construyó en Lisboa, tan desventurado, como dice graciosamente Milizia, que ni siquiera el agua quiere recorrerlo; por lo cual se vió precisado el autor á volverse, como suele decirse, con el rabo entre las piernas (*tornando con la coda fra le gambe*). Habiéndose comenzado la construccion del palacio sobre un terreno cubierto de las erupciones del Vesubio, los arquitectos y los cortesanos espusieron al rey los peligros á que quedaria espuesto el edificio, á lo que contestó Carlos III con estas piadosas palabras: *La Madonna e San Gennaro ci penseranno*.

El atrio del palacio, por el que atraviesa la via pública, es de figura octágona, con los ángulos del rectángulo cortados hácia el extremo de un muro que sigue el mismo orden que lo demás de la obra, dando entrada en el interior á varias escaleras que ascienden al segundo piso. La carretera de Nápoles entra en el palacio por medio de tres arcos al occidente, y sale por otros tres al opuesto lado. Las fachadas del mediodía y del septentrion, las mas grandes, tienen once ventanas en cada uno de sus dos pisos. En medio de estos lados mayores se abren tres arcos que van á los amenísimos jardines que se estienden hácia la colina y el Granatello. Este palacio fué adornado al principio con los objetos estraidos de las escavaciones de Herculano, hasta que se trasladaron al museo Borbónico: posteriormente se adornaron sus paredes con preciosas labores de la fábrica de San Leucio, y con algunos lienos de la escuela napolitana. Por encargo del fundador vinieron á embellecer las salas de este palacio unos hermosos tapices de la fábrica de Gobelines, que hoy se admiran en Palermo y Caserta, los cuales representan las mas chistosas escenas de D. Quijote de la Mancha. Entre los cuadros principales que han adornado estos salones, se distinguen un retrato de Napoleon de cuerpo entero con traje imperial; otro del general Murat, y otro de Letizia Ramolino, madre de Bonaparte, debidos al pincel de Gerard, y uno de Massena, pintado por Vicar. Hay una sala cuyas paredes estan cubiertas de arriba á abajo de espejos y de labores de porcelana imitando flores, cuyas infinitas piecicetas pueden descomponerse y ajustarse nuevamente en la misma forma.

Los jardines que hemos citado se estienden á los lados del palacio; tienen cuatro millas de circuito, y en ellos se encuentra una admirable variedad de árboles, de flores y de frutos. El bosque superior está cortado de modo que por sus anchas calles puedan circular libremente los carruajes, y de trecho en trecho encuéntrase una casita ó una fuente, donde hace poco no era extraño tropezar con alguna fiera.

Volviendo al palacio, la entrada principal nos conduce á una espaciosa y cómoda escalera de preciosos mármoles de colores, que sube en dos ramos hasta el piso primero del edificio.

La primera persona que saludamos fué un jóven al parecer como de treinta y cinco años, alto, delgado, moreno, con ojos grandes y espresivos y frente espaciosa, que revelan gran capacidad: vestia sombrero de candil, levita, chaleco y calzon negros, con una banda de raso pendiente del cuello sobre la espalda; la corbata y las medias son de color carmesí como los botones de todo el traje. Sus maneras, sus corteses saludos y hasta sus mas leves movimientos, lo abonaban como á uno de los jóvenes de la mas alta sociedad. Un sello especial que hay en su rostro, indica que ocupa un alto rango en aquel palacio: ese jóven es ni mas ni menos que el príncipe y emperador cardenal, pro-secretario de Estado, Jacobo Antonelli. Despues de haberle hablado algunas veces y de haberle conocido en situaciones difíciles, no desmereció ni un quilate del concepto que de él formamos desde el principio. Antonelli, aunque muy jóven todavía, ya ha dado grandes pruebas de su precoz talento: es muy posible que los años, pasados por él en la práctica de los negocios, hagan del actual ministro de Estado de Roma uno de sus mas grandes personajes políticos.

Son las diez de la mañana, la hora precisamente en que, segun nos dice el cardenal Médico, Su Santidad ha tenido la bondad de dar la orden de recibimos. En esta, como en casi todas las ocasiones, íbamos del brazo de nuestro compañero y hermano el artista súbdito del cetro pictórico, de Apeles ó de Velazquez, si hemos de hablar con mas colorido imitativo y menos estilo clásico. Un cortesano con traje talar de color carmesí nos anunció con delicadas maneras que estaba dispuesto á conducirnos hasta la antecámara del Papa. Entramos en un gran salon donde se apresuró á abrirnos paso una numerosa cohorte, en que se distinguia desde el modesto hábito del capuchino hasta el del que viste la brillante púrpura cardenalicia. ¿Qué impresion experimentamos en aquel momento, tan distinta de la que hemos recibido otras veces al cruzar los salones del palacio de un rey! Allí no se alteraba el silencio con el ruido de los arcos marciales, no brillaban el fulgor de los aceros ni el cambiante de los entorchados, no habia fajas, ni bandas, ni llaves de oro, ni caras abigarradas con hondas y honrosas cicatrices, la tosca barba del ermitaño asomaba sobre una muceta de grana que se destacaba sobre el fondo blanco de un carmelita; ni una figura arrogante nos demandaba una mirada, sino que nos acogian todas con un cariñoso y paternal saludo, á que contestábamos con profundo y religioso respeto: porque aquellas cabezas blancas, si no habian perdido su matiz primitivo en los campos de batalla, habian encanecido en los altares, ó predicando el Evangelio desde el uno al otro extremo de la tierra. ¿Quizás habria algunas que ostentaran las cicatrices de los mártires!

Luego que hubimos atravesado otras dos ó tres piezas, cuyas puertas custodiaban varios jóvenes guardias de corps, hijos de la primera nobleza napolitana, dejamos el sombrero y los guantes sobre un cojin de damasco, y despedimos á nuestro acompañante, que se retiró al abrirnos por fin una ligera manpana. Nos encontramos en una pequeña habitacion que apenas tendria ocho pasos de longitud; á la derecha, sentado en un modesto sillón detrás de una mesita de caoba, vimos un sacerdote vestido de blanco; casi íbamos ya á decirle que nos señalase la entrada de la cámara del Papa, cuando al notar el movimiento de su majestuosa figura, observamos que con una sonrisa de ángel nos tendia cariñosamente sus paternales brazos. Un momento de reflexion nos hizo comprender que nos halláramos á solas y cara á cara con el Pontífice romano. Entonces, doblando la rodilla derecha nos arrojamos á sus pies, besando la cruz de oro que lucia sobre una chinelita eucaristada. Es imposible describir la ternura con que el bondadoso y magnánimo Pio IX acoge hasta el mas humilde de sus súbditos. Hubo algunos instantes en que no acertáramos mas que á besar aquella planta augusta y á estrechar sobre nuestro corazón aquellas manos benditas por la Providencia para que puedan lavar hasta las mas horrendas culpas de los mas horrosos crimenes. Quisiéramos ver al hombre mas soberbio de la tierra ante aquella sublime figura, contemplando un momento su dulcísima mirada y sintiéndose oprimido por sus brazos soberanos: no hay en el humano orgullo un hombre, por grande y poderoso que sea en su soberbia y vanidad, que dejase de derramar una lágrima y de abjurar todos sus errores ante aquel candoroso sacerdote, modelo de bondad evangélica y de celestial dulzura.

A pesar nuestro, porque gustosísimos hubiéramos permanecido con la rodilla en tierra, Pio IX nos levantó del suelo, y nos dirigió una de esas miradas que jamás hemos contemplado mas que en los ojos de nuestros padres, y unas frases tan sentidas y cariñosas, que fueron á buscar con su celestial armonia una respuesta respetuosa en lo mas hondo de nuestro pecho. Entonces le dirigimos nuestra palabra, y acertamos á hacerlo con tanto sentimiento, que Su Santidad tendió los brazos al cielo y bendijo por la centésima vez á la generosa Reina de las Españas y á todos los hijos de esta católica nacion, por el dulcísimo consuelo que le habian enviado con aquel cuerpo de ejército, que hasta tuvo la buena estrella de tocar en las playas de Gaeta, en los momentos de mas conflicto para el Papa; cuando Roma se estremecia bajo el estruendo de su revolucion; cuando un ejército aliado unia sus banderas á las de los insurgentes, formando pabellones de tres colores, y cuando el ejército napolitano acababa de regresar, despues de su desgaciado encuentro con Garibaldi en Velletri.

Durante su fervorosa accion de gracias, dos lágrimas nublaron las pupilas del Vicario de Jesucristo, que menos se cuidó de ellas que de autorizarnos con su dolor á pregonar hoy en nuestra corte su cordialísima gratitud y eterno reconocimiento. Como si desconociésemos el Olimpo de donde partió el divino rayo de la intervencion en Roma, Pio IX nos dijo, que al religioso grito de Isabel II, tan noblemente acogido por la Francia, el Austria y las Dos-Sicilias, debía el mundo la conservacion del Cristianismo, con todos sus celestes resplandores, en los tristísimos momentos en que manos inocentes lo habian espuesto á los bordes de un espantoso abismo. En aquel acto nos mostró una carta autógrafa de nuestra Reina, con cuyas dulces palabras y religiosas protestas se consolaba, cuando llegamos á sorprenderlo con nuestra visita. ¿Cuántos elogios y cuántas bendiciones derramó enternecido sobre la generosa nacion española! No parecia sino que en cada español veia un altar en que hacer el homenaje de su sincero reconocimiento. Su gratitud, segun pudimos conocer en aquel solemne momento en que presenciábamos las emociones de su alma, solo es comparable al paternal amor con que hoy distingue á este cristianísimo pueblo.

El general Córdova, cuyas maneras delicadas y respetuosas, si bien francas como españolas, habian cautivado su estimacion, y cuyas seguridades y protestas como general en jefe de un ejército al lado de su augusta persona le habian tranquilizado tanto su espíritu, fué objeto escogido por Su Santidad para prodigarle hartos elogios. También tuvo frases muy lisonjeras para pintarnos el efecto que le habian hecho nuestras tropas, cuando los alarides militares que verificaron en los montes de Gaeta, llenaron de admiracion y hasta de asombro á las dos cortes que allí se encontraban, y á la multitud de personajes diplomáticos y militares que despues han extendido la fama de nuestras armas por toda Europa (1).

Pendientes estábamos nosotros del labio de Pio IX, como un niño del seno de su madre, porque su voz tenia una cadencia tan dulce al oído, una uncion tan edificante para el alma, que los momentos volaban veloces, como los que nos regalamos las mas gratas ilusiones, al trasportarnos en un éxtasis divino!

A su vez, nuestro compañero el artista manifestó al Papa sus deseos de trasladar al lienzo su angélica figura, á lo que accedió Su Santidad mostrando en ello casi tanto gusto como el mismo pintor, y citándonos para el tercer dia: á éste para que se las hubiese con la paleta y los pinceles, y á nosotros para que entre tanto hablásemos de las cosas de España y de las demás que en aquellos dias llamaban la atención de todo el orbe católico.

Al despedirnos nos arrodillamos nuevamente á sus plantas, besamos el anillo del pescador, y le rogamós que nos echase su apostólica bendicion, y que sobre nuestras frentes

(1) Como si necesitase confirmacion cuanto hemos dicho relativo al grande reconocimiento y sincera gratitud del Papa, á su admiracion hácia el ejército expedicionario, y á la particular estimacion con que distingue al general Córdova, prodigándole los mas altos elogios, la contestacion que ha obtenido el conde de Colombr, nuevo ministro español en Roma, á las primeras palabras que dirigió á Pio IX, abrevia precisamente todos estos extremos, como puede leerse en seguida:

«Despues de escuchar el Santo Padre este discurso con señaladas muestras de satisfaccion, contestó al representante de S. M. en los términos mas espresivos, manifestándole el reconocimiento de que estaba penetrado su corazón al recordar la gloriosa iniciativa y la parte tan eficaz que habia tomado su amada hija la Reina Católica en el feliz restablecimiento de Su Santidad en el Soglio Pontificio. Aprovechó al mismo tiempo esta oportunidad para tributar á la division expedicionaria española y á su digno jefe los mayores elogios por su admirable disciplina y ejemplar conducta durante su permanencia en los Estados de la Iglesia.» (Gaceta de Madrid: 16 de setiembre de 1851.)

bendijese á nuestros padres, á nuestros hermanos y á toda nuestra familia. Pio IX accedió contento á nuestra súplica, murmuró una oración, hizo la señal de la cruz, y nos estrechó contra su seno. Así nos retiramos de su presencia, llena el alma de purísima fé y henchido el corazón de alegría. Las primeras horas que siguieron á este acto, tan memorable para nosotros, las pasamos en una contemplación en que el gozo nos había embriagado, y que difícilmente se borrará de nuestra memoria. Ante aquel modesto sacerdote de hábito blanco, se postran todos los reyes de la tierra, porque, aunque su cetro no es de oro, es el emblema, el signo de la redención humana: allí nos habíamos igualado con los monarcas mas poderosos, y hasta habíamos gozado de esos placeres morales, cuyo solo recuerdo embelesa, únicos que pueden compararse á las eternas delicias que gozan los ángeles en el cielo.

En las varias ocasiones que posteriormente tuvimos la honra de ser recibidos por Su Santidad, no gozamos menos con sus dulces y cariñosas pláticas. Con la afabilidad de un padre manifestó hallarse completamente á la disposición del artista, para que con toda comodidad pudiese este trazar en el lienzo su retrato. Felizmente para nosotros, esto nos ofreció largos ratos en que disfrutar de su presencia: hasta la especie de narcotismo que se apodera del que tiene que guardar una posición misma durante algún tiempo, quieto, inmóvil, mientras el pintor estampa en su cuadro la completa semejanza del rostro; hasta ese narcotismo que hace vagar la imaginación en conversaciones familiares é íntimas, vino á favorecerlos, proporcionándonos momentos de plática sencilla y afectuosa. Siempre que el discurso traía á cuento la situación moral del Papa, ó que su imaginación por sí sola se fijaba en los acontecimientos de Roma, observábamos que una sombra oscura venía á nublar el fresco semblante de Pio IX, y entonces se marcaba un cambio tan notable en su fisonomía, que no parecía sino que aquel hombre se embebía todo en sus dolores, cayendo en un perceptible desmayo todos sus miembros. Comprendiendo que de aquel modo nos contagiaba su mal, haciéndonos partícipes de sus terribles angustias, lanzaba sus recuerdos con un movimiento voluntario de cabeza, nos miraba fijamente, y con una sonrisa inefable, emprendía una conversación cualquiera, pero digna y cariñosa, empezando por hacernos una pregunta sobre aquella cosa que mas pronto le venía en mentes. Nosotros por nuestra parte, siempre que era compatible con el respeto con que seguimos fielmente el giro que Su Santidad daba á la conversacion, procurábamos alejarlo de lo que le producía tanto y tan cruel martirio.

Así fué como logramos entablar largos discursos acerca de España, de su clima, sus gloriosos recuerdos, sus costumbres, sus producciones y sus principales personajes, sobre lo cual le oímos constantemente con muchísimo gusto, porque se complacía en rendirles con buen criterio el homenaje de su admiración. Hasta tuvo la humorada, y por señas que con mucho acierto, de describir á nuestras notabilidades políticas contemporáneas tales como las había comprendido por sus antecedentes, sus obras, sus actos gubernativos, sus discursos parlamentarios y demás datos que le habían ofrecido, exigiéndonos que marcásemos las semejanzas y desemejanzas que hubiera entre sus descripciones físico-morales y las que nosotros creyésemos mas parecidas, conociendo cara á cara á las personas.

Si en contestación á sus preguntas nosotros demostráramos nuestro entusiasmo por las antigüedades de Italia y sus bellezas actuales, Pio IX recordaba oportunamente las glorias de España en el descubrimiento del Nuevo Mundo, en sus conquistas de Flandes y de Nápoles, en sus heroicos esfuerzos para sustituir á la media luna el estandarte de la fé en las almenas de Granada, y por último, sus recientes triunfos escritos con balas en los campos de Bailen y en los muros de Zaragoza y de Gerona. ¡Qué placer experimentábamos al oír nuestras glorias ensalzadas por el justo, el bondadoso, el inmortal Pio IX!

No menos versado en nuestras letras que en nuestros triunfos militares, Su Santidad pronunció los nombres de nuestras entidades literarias, y los títulos de algunas de las obras mas grandes del talento español. Cervantes y su libro le merecieron muchos elogios, sin que para ello dejase de recordar las mas chistosas escenas del ingenioso hidalgo de la Mancha.

Tal vez pecaría de minuciosa nuestra relacion si hubiésemos de describir todos los sabrosos discursos con que Su Santidad tuvo la complacencia de recibirnos cuantas veces nos acercamos á su augusta persona. Aunque, á decir verdad, nunca estamos tan satisfechos de la veracidad de todos nuestros asertos, como ahora que, cuantos testigos citamos en nuestra obra, van á fallar sobre la autenticidad de lo que se dice en ella, al leerla publicada en Roma y traducida á la bellísima lengua del Tasso.

Mastai Ferreti nació en Sinigaglia el 13 de mayo de 1792; por consiguiente en los días á que nos referimos, Pio IX tenía poco mas de cincuenta y siete años: su bella figura, alta y bien nutrida, adquiere mas aire de majestad bajo aquel magnífico traje talar blanco de finísimo tejido de lana con vueltas de seda del mismo color, con que le hemos visto siempre en su palacio. Pero lo que acaba de divinizar su presencia, es aquella frente serena y despejada, aquella mirada blanda, suave y cariñosa como la de un ángel, y aquel torrente de palabras de consuelo, aun en los momentos de mas angustia para su alma. El color gris de su cabello, el magnetismo de sus ojos, la gentileza de su donaire, y la sublime expresión de su semblante, dan los últimos toques de soberanía á su hermosa figura. Sus facultades intelectuales están á la altura de su elevadísima posición social; sin embargo, no diremos que no hay un hombre que le aventaje; pero en cuanto á sus facultades morales y afectivas, Pio IX es un gigante; basta observar la expresión de su rostro, para comprender que su alma es un manantial inagotable de magnanimidad y de clemencia. El cielo dió á Pio IX un corazón de Papa, y Roma, al elevarlo á la silla de San Pedro, no hizo mas que seguir una inspiración divina, llamar al hombre señalado por el dedo de Dios. Si Gall hubiese visto á Mastai Ferreti vistiendo los arreos militares, seguramente le hubiera aconsejado que cambiase la espada por el báculo del eremita, porque estaba llamado á ser un coloso, por sus eminentes do-

tes morales, en la religiosa falange sacerdotal. Cualquiera hombre, el mas impío, así como reúne todos sus recuerdos y todas sus ideas relativas al Coliseo romano, por ejemplo, antes de pisar la arena de este memorable circo, que reuna todo cuanto ha oído decir de las bondades evangélicas del Papa, y de cuantas criaturas se han distinguido en toda la prolongación de los siglos por sus acrisoladas virtudes, y estamos seguros, segurísimos, de que al ver al noble Mastai Ferreti, exclamará: «Este es el Pontífice posible; este ha de ser Pio IX, porque sus ojos, su majestuoso continente, manifiestan las excelencias de un personaje, único en su clase, porque él es la suma total, el conjunto de todas las bellezas de las mejores obras de Dios.» La historia llamará á Mastai, Pio el Bueno, el Magnánimo, y la Iglesia lo contará entre sus Santos Padres. ¡Ojalá no lo cuente entre sus mártires!

JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

SEGURIDAD PÚBLICA.

Continuamente están clamando los periódicos porque se eviten en lo posible los robos y crímenes que todos los días suceden en esta capital; no sabemos por qué nuestras autoridades no dedican su atención al examen de las causas de los males que con tanta razón se lamentan.

En nuestro concepto la vigilancia establecida, tanto por medio de los serenos como de los salvaguardias y las modernas y tan decantadas parejas, es ineficaz, en el interin no se establezca una policía enteramente agena á la política y dedicada exclusivamente á conservar la seguridad individual y á hacer obedecer á todos los órdenes de policía urbana.

Parece desgracia de nuestro país, pero es lo cierto que no sabemos otra cosa mas que imitar á los franceses; y si por fin los imitásemos en lo mucho bueno que tienen, no solo no lo criticáramos, sino que con mucho gusto lo elogiaríamos; mas por desgracia sucede lo primero. Contrayéndonos á lo primero, á imitación de los franceses se estableció para la vigilancia exterior la guardia civil, para la cual sirvió de tipo, hasta en el color del corraje, la guardia municipal francesa; sin embargo, en honor de la verdad debemos decir que ha prestado y presta servicios útiles, aunque no tan eficaces como fuera de desear. Para la vigilancia interior, y también á imitación de los hijos de San Luis, se establecieron los salvaguardias, copiando también á los llamados y odiados sargentos de villa, institucion que nadie ignora á qué está dedicada; y por último, creyendo sin duda haber dado en el ítem de la dificultad, se ha instituido el (no sabemos si llamar cuerpo) de parejas, para la vigilancia nocturna, aun mas ineficaz que el anterior. Nos duele en verdad que ya que seamos imitadores no busquemos los buenos modelos donde quiera que los haya. Bien reciente está la grande Esposicion Universal que se ha celebrado en Londres, adonde ha ido un crecido número de españoles que han podido observar la buena policía que hay allí, donde con la misma seguridad se va por los barrios y calles mas estraviados, y á las horas mas ó menos altas de la noche, como al mediodía por los mas públicos.

Diremos alguna cosa sobre la policía en Inglaterra, aun cuando no podemos hacerlo con entero conocimiento de ella, pues como nuestro objeto en el tiempo que estuvimos en aquel país fué el de estudiar y adelantar en el arte á que estamos dedicados, solo pudimos observarla esteriormente, sin cuidarnos de examinarla en su organizacion interior (lo cual debiera procurar nuestro gobierno para hacer la posible aplicación en España); porque como no fuimos pensionados por el erario, tuvimos que emplear el tiempo en trabajar para aprender y para subsistir. En este concepto solo pudimos observar lo que todas las personas que van á aquel país, en el que no se conocen los pasaportes, cartas, ni ningun otro documento de los que en Francia (á la que imitamos pero en caricatura) y en nuestro país se llaman de seguridad, y que nosotros, así como la mayor parte, por no decir todas las personas sensatas, no consideran como otra cosa que como uno de los instrumentos del oficio de los pícaros, que son los primeros á proveerse de semejantes papeles; al paso que el hombre honrado, ocupado en sus negocios, no le queda tiempo para pensar en lo que debe ser enteramente inútil; se acuerda á la hora última del indispensable y estúpido pasaporte para el viaje, y tiene que retardar su marcha ó esponerse á las vejaciones de una policía mal organizada, y aun llevando el sudorido le queda el engorro de presentarlo para *identificarse*. En fin, nos vamos alargando en un relato conocido de todos. Lo mas sencillo, económico y eficaz sería que se examinase la organizacion de la policía inglesa, y se estableciese entre nosotros. Hemos observado, como habrá sucedido á los que han estado en Inglaterra, que en lugar de nuestra multitud de cerrojos, enormes llaves y pesadas barras con que entre nosotros se cierran las puertas, y otras precauciones interiores (medidas aun no suficientes para librarse de la astucia de los ladrones), allí para las puertas de las calles solo hay simples cerraduras, cuyas llaves no pasan de dos pulgadas de largas, y un sencillo picaporte basta para dar seguridad y quitar todo temor á incursiones violentas. Las tiendas están cerradas con tableros sumamente sencillos, que parecen mas bien destinados á defender los cristales que á otra cosa, pues están dispuestos de tal modo que se puede decir son inútiles para la seguridad. En las calles aun las mas estraviadas el transeunte puede ir seguro, como hemos dicho mas arriba, de no encontrarse asaltado violentamente por nadie, sea la hora que quiera del día ó de la noche. Respecto á vendedores en puntos fijos, ambulantes, y todo lo que en su género es relativo á policía urbana, nadie se estralimita, porque de grado ó por fuerza hay que observar las órdenes de la autoridad, pues hay vigilantes continuos para hacer ejecutar las disposiciones de la misma.

Cualquiera que no tenga noticia de la organizacion de la policía inglesa, al leer lo dicho creerá sin duda que allí hay una numerosísima fuerza destinada á este servicio, y que para hacerse obedecer van sus individuos armados de piés á cabeza; á lo que diremos que en Londres, población de dos millones y doscientos mil habitantes, donde no hay mas guarnicion que la necesaria para el servicio del palacio de la reina, y el de la fortaleza ó castillo llamado de Londres, únicos puntos encomendados á la custodia de la fuerza armada, tod-

lo demás de aquella estendida y numerosísima poblacion, está bajo la vigilancia de un cuerpo de poco mas de tres mil hombres, los cuales están divididos en pelotones, segun los distritos de la poblacion; sus individuos se establecen en los puntos que tienen á su cuidado, relevándose cada dos horas, lo mismo de día que de noche; pasean mesuradamente sin separarse de la distancia que les está marcada, y en ella, aparte de las demás obligaciones de su instituto, tienen la de dar todas las noticias que los transeuntes necesiten, lo cual hacen con tal finura y voluntad, que como nos dice un amigo nuestro, que ha visitado la Esposicion, aunque á nuestro parecer exageradamente, son los únicos ingleses que ha conocido de modales atentos y educacion delicada. A dichos individuos solo se les distingue por una casaca en cuyo cuello llevan la letra del distrito á que pertenecen y el número del individuo, sombrero de copa con la parte superior de hule, para resguardarle de las continuas lluvias: llevan tambien una esclavina de la misma materia; en el invierno, en lugar de la casaca llevan un leviton largo, y en este como en la casaca se les conoce cuando están de servicio, por un galon que tienen rodeado al brazo por cima del codo; no llevan como nuestros salvaguardias ni municipales, sable ni otra arma alguna; pero en cambio llevan las armas de la ley que representan, y de consiguiente una fuerza moral cuyo abuso, si lo cometen, les cuesta bien caro, por cuya razon, así como en Francia y en España se teme, y aun pudiera decirse se aborrece la policía, allí se la respeta, estima y obedece.

En España, como llevamos dicho, se pudiera hacer aplicación del sistema que dejamos indicado; pero para esto seria menester en nuestro concepto establecer antes ó al mismo tiempo la fuerza moral, lo cual no sería tan difícil como se cree; para esto creemos que el gobierno debiera ordenar á la autoridad inmediata de quien dependiese la espresada policía, que hiciese una elección escrupulosa de formas, en las cuales se hallaran reunidas ciertas circunstancias fáciles de adivinar; que se formara un cuaderno ó libro con todas las órdenes y disposiciones de la municipalidad y del gobierno, sometidas al cuerpo de seguridad pública, haciéndolas publicar para que la poblacion supiera á qué atenerse, y los agentes tuviesen un profundo conocimiento de sus deberes y obligaciones, sin que de ellas pudieran sin una gran responsabilidad separarse.

Mas pudiéramos estendernos en la materia; pero seria demasiado para un artículo de periódico, y por otra parte creemos que son suficientes á nuestro propósito las indicaciones que dejamos mencionadas.

MANUEL DE BURGOS.

Lola Montes.

En este número hallarán nuestros lectores el retrato de Lola Montes, la celeberrima condesa de Landsfield, esa muger que ha llegado á alcanzar el privilegio de que no pase un mes sin que todos los periódicos de Europa se ocupen de su persona, para referir una nueva aventura en que haya figurado como heroína. Las últimas noticias que han circulado acerca de la protegida de S. M. el rey de Baviera, han sido que estaba resuelta á pisar de nuevo el teatro. Es de esperar que no alcance ya con sus cabriolas la fortuna que ha logrado con sus intrigas.

Biblioteca Universal.

Nuestros lectores saben cuán enemigos somos de ocuparnos de nuestras publicaciones; no para recomendar una de ellas, sino para llamar la atención hácia las ventajas que ofrecemos, y de que pueden disfrutar nuestros suscritores, tomamos hoy la pluma, á fin de dar á conocer un anuncio que hemos hecho circular recientemente, en el cual se ofrece la *Historia de España por Mariana*, con notas, continuada hasta 1851, con 250 grabados, por 50 rs. en Madrid y 75 en provincias. Los mapas en tamaño bastante grande, de las 49 provincias de España y las tres de Ultramar, iluminados y á propósito para encuadernar en la *Historia*, por 52 rs. en Madrid y 78 en provincias. Todo por 102 rs. en Madrid y 153 en provincias, desembolsados lentamente.

Los suscritores que quieran formar juicio de las diferentes series de la BIBLIOTECA, pueden ver las entregas publicadas, en los principales puntos de suscripcion.

VIDA DE FRANKLIN,

POR MR. MIGNET.

MIEMBRO DE LA ACADEMIA FRANCESA.

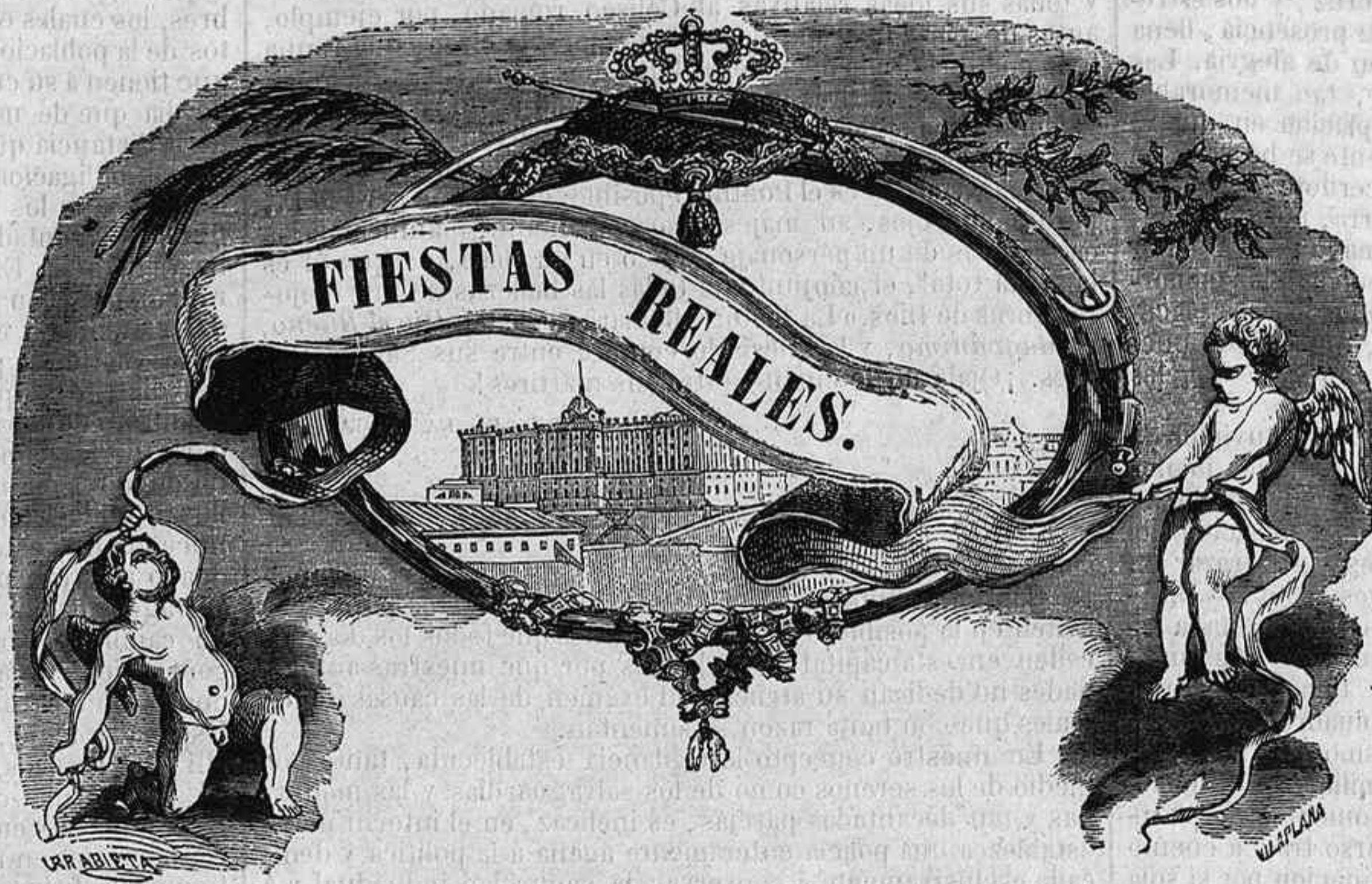
(Continuacion del capítulo VIII.)

Franklin no habia permanecido ocioso durante esta larga crisis. Despues de su eficaz intervencion contra el derecho del papel sellado, fué nombrado agente de Massachusetts, de Nueva Jersey y de Georgia. No perdonó medio alguno para reconciliar á la Gran Bretaña con la América, ilustrando á una sobre sus intereses, y sosteniendo á la otra en sus derechos. Bien hubiera querido mantener la integridad del imperio británico; pero era demasiado previsor para conocer la extraordinaria dificultad que en ello habia. Previo que este desacuerdo habia de conducir casi inevitablemente á un rompimiento; que este rompimiento produciria una guerra temible; que esta guerra habria de exigir prolongados sacrificios; que para perseverar en estos sacrificios difíciles, aun para los pueblos sólidamente constituidos, un pueblo nuevo debia penetrarse poco á poco de los sentimientos de patriotismo y de abnegacion que los inspiraba; que era necesario para darle estos sentimientos, agotar todos los medios de conciliacion, y con vencerlo por este medio á todo él, en general, de que no le quedaban mas recursos que levantarse y vencer.

Conforme á esta opinion, de la cual participaban con él John Jay, John Adams, Georges Washington, Thomas Jefferson, y otros escelentes personajes que allí se afiliaron entre los libertadores de América, se condujo Franklin, ya en sus relaciones con el gobierno metropolitano, ya en los consejos que daba á sus compatriotas. Publicó gran número de escritos para ilustrar á la Inglaterra sobre la injusticia y el error que cometia. Espuso de una manera clara y mordaz los privi-

legios y las quejas de las colonias. En la primera obra que imprimió con este epigrafe, *Las olas no se alteran sino cuando sopla el viento*, probó que el Parlamento, donde no tenían representación las colonias, no tenía mas derecho para imponerles contribuciones que el que le asistía para imponérselas á Hannover. Con objeto de poner en claro esta pretension, hizo imprimir y reparar un decreto fingido del rey de Prusia, imponiendo una contribucion á los habitantes de Inglaterra como descendientes de emigrados de sus dominios. No satisfecho con la demostracion del derecho, se dirigió al interés de Inglaterra, y le avisó de que si persistía en su sistema, perdería las colonias y se mutilaría con sus propias manos. Esto lo manifestó bajo la forma irónica de un consejo, en un bosquejo titulado: *Medios de convertir un grande imperio en un pequeño estado*.

Empero estos consejos, estas atrevidas manifestaciones, estas ingeniosas y proféticas amenazas, no tuvieron ninguna influencia en el gobierno británico. Franklin se hizo sospechoso á los ministros ingleses y odioso al rey. Le acusaron de fomentar la resistencia de las colonias, y de incitarlas á romper con la metrópoli por medio de un plan pérfidamente concebido y observado con audacia. Segun esto, la corona estendió sobre ellas sus pretensiones, y disminuyéndoles sus privilegios creyó privarlas de los medios de desobedecerla. Quiso entonces tomar á su cargo la justicia y la administracion. Introdujo primeramente en Massachusetts esta innovacion, pagando al presidente del tribunal supremo, que hasta entonces habia recibido sus emolumentos de la colonia. La asamblea protestó y quedó disuelta; pero no paró aquí el complot contra esta poderosa provincia. El gobernador Hutchinson, el secretario André Olivier y algunos otros colonos, habian escrito á Inglaterra para pedir la revocacion de la



completo de terciopelo de Manchester que vestía el día en que fué ofendido de aquel modo, se lo volvió á poner cuatro años despues, el 6 de febrero de 1778, firmando en París, con el plenipotenciario del rey de Francia, el tratado de alianza que debía facilitar la victoria y asegurar la independencia de las colonias inglesas.

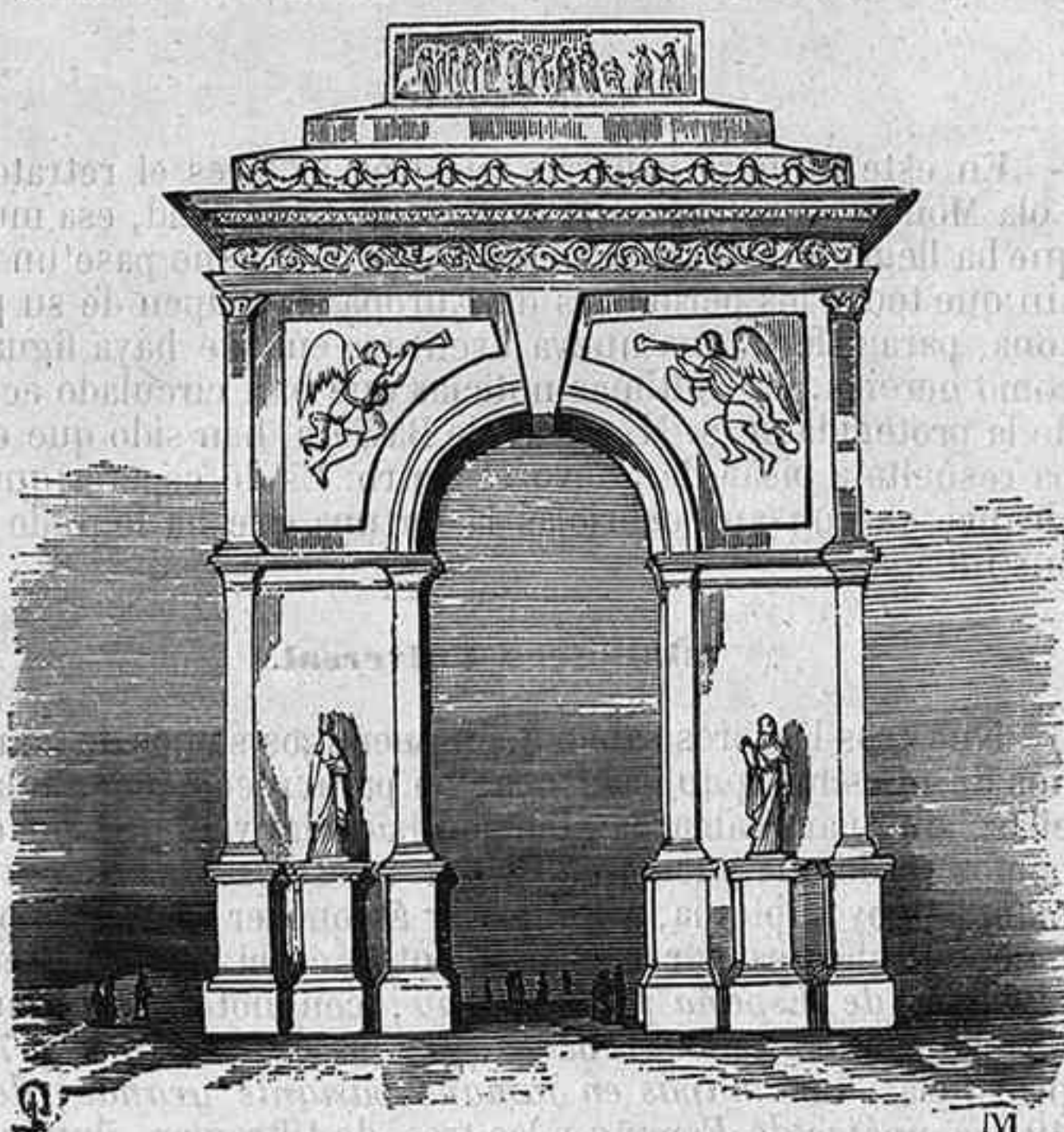
CAPITULO IX.

Destitucion de Franklin como director general de correos en América.—Acontecimientos en Boston.—Congreso de Filadelfia.—Conducta del Parlamento.—Plan de conciliacion propuesto por Franklin.—Elogio que hace de él lord Chatam.—Salida de Franklin para América.—Su llegada, y cargos que le confiere la Asamblea de Pensilvania.—Medidas de las colonias.—Constitucion de los Estados-Unidos.—Organizacion de Pensilvania.—Mision de lord Howe.—Primeras victorias de los ingleses.—Situacion de los angloamericanos.—Viaje de Franklin á Francia.—Tratado de paz entre Francia y los Estados-Unidos en 1778.—Proposiciones de David Hartley.—Nombramiento de Franklin para ministro de los Estados-Unidos en París.—

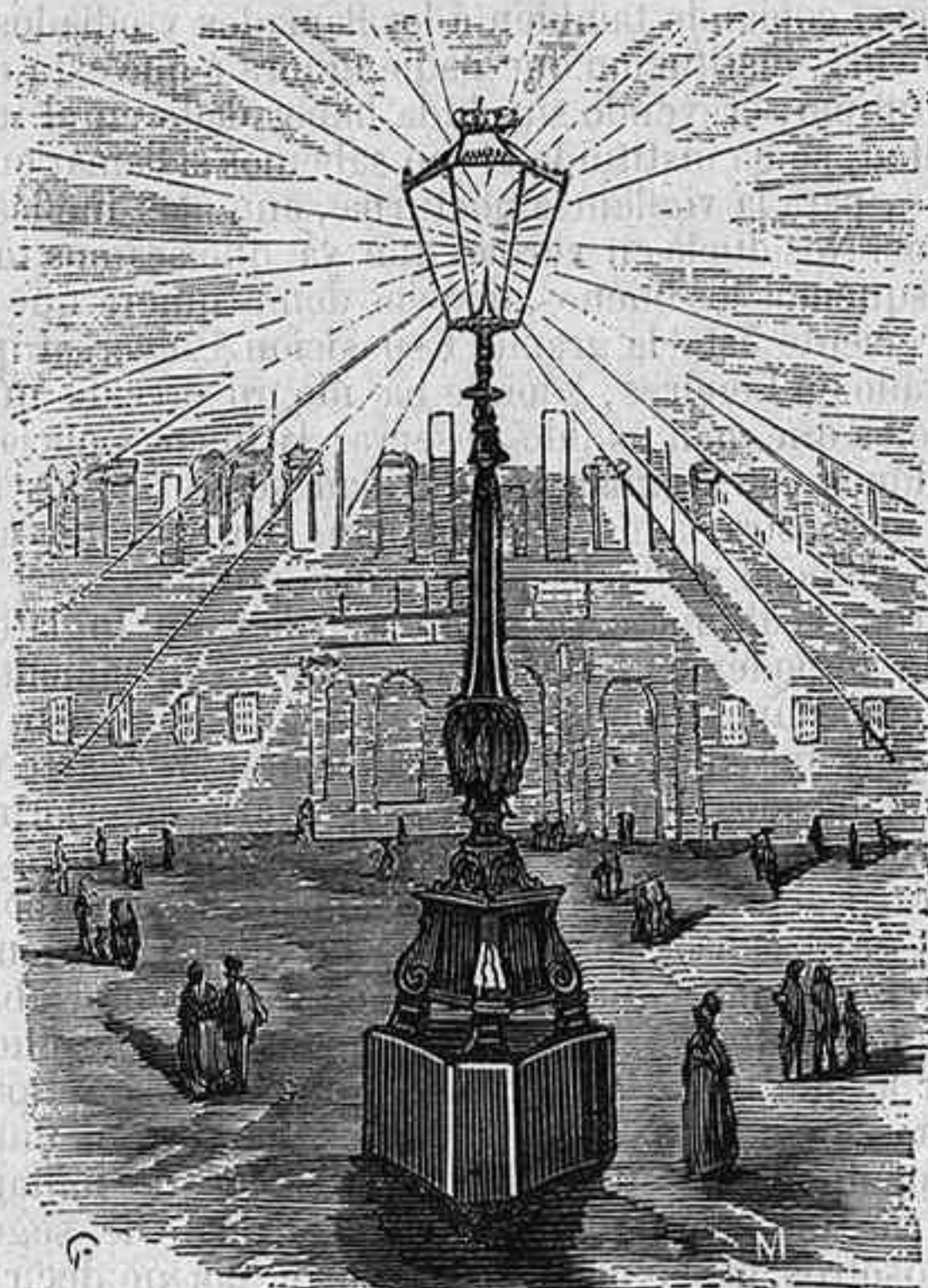
Situacion de la Inglaterra.—Tratado de paz entre esta nacion y los Estados-Unidos en 1783.—Regreso de Franklin á Filadelfia en 1783.—Su nombramiento para la presidencia del consejo ejecutivo del Estado y para la revision del pacto federal.—Su retirada de los negocios públicos.—Su muerte.—Duelo público en el Norte de América y en Francia.—Conclusion.

A consecuencia de estos sucesos quedó Franklin depuesto de su empleo como director general de correos en las colonias de América. Hacia el mismo tiempo, la compañía inglesa

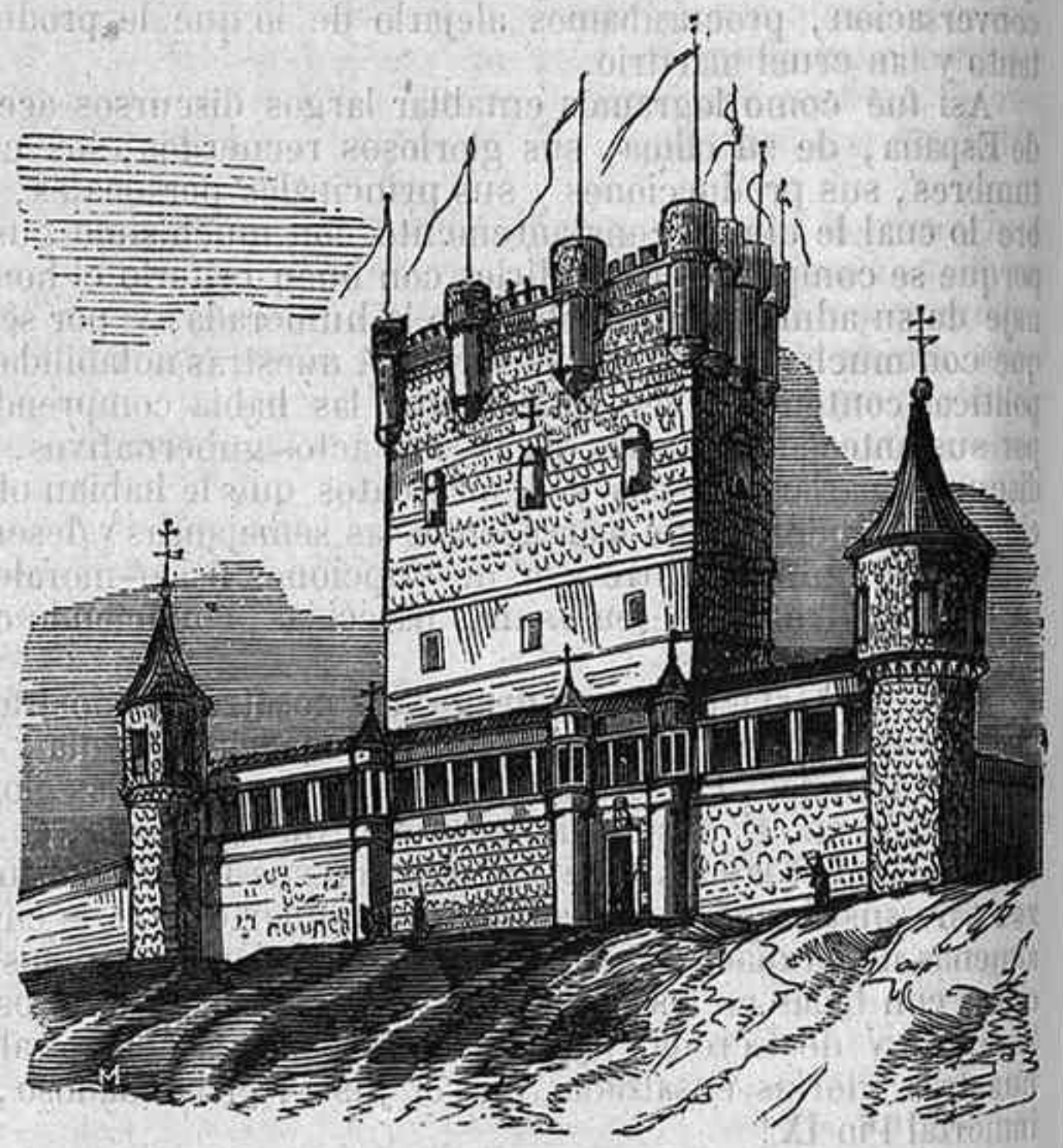
de muchas horas el blanco de los sarcasmos mas groseros y de los insultos mas fuertes. El abogado Wedderburn lo trató de *ladron de cartas*; dijo que quería señalarlo con el sello de la infamia, y en mas de una ocasion provocó la risa de los lores del consejo. En cuanto á Franklin, sentado enfrente del abogado, lo escuchaba con la mayor tranquilidad y con un semblante sereno. Cuando le lanzaba un insulto, hacia una seña ligera con la mano por encima del hombro, como dando á entender que el insulto pasaba por encima y no le tocaba. Pero en medio de la grande impasibilidad del sabio, el resentimiento penetró en el corazón herido del hombre, y al salir dijo



Arcó de la Plaza del Congreso.



Luz eléctrica colocada en la plaza de armas de Palacio.



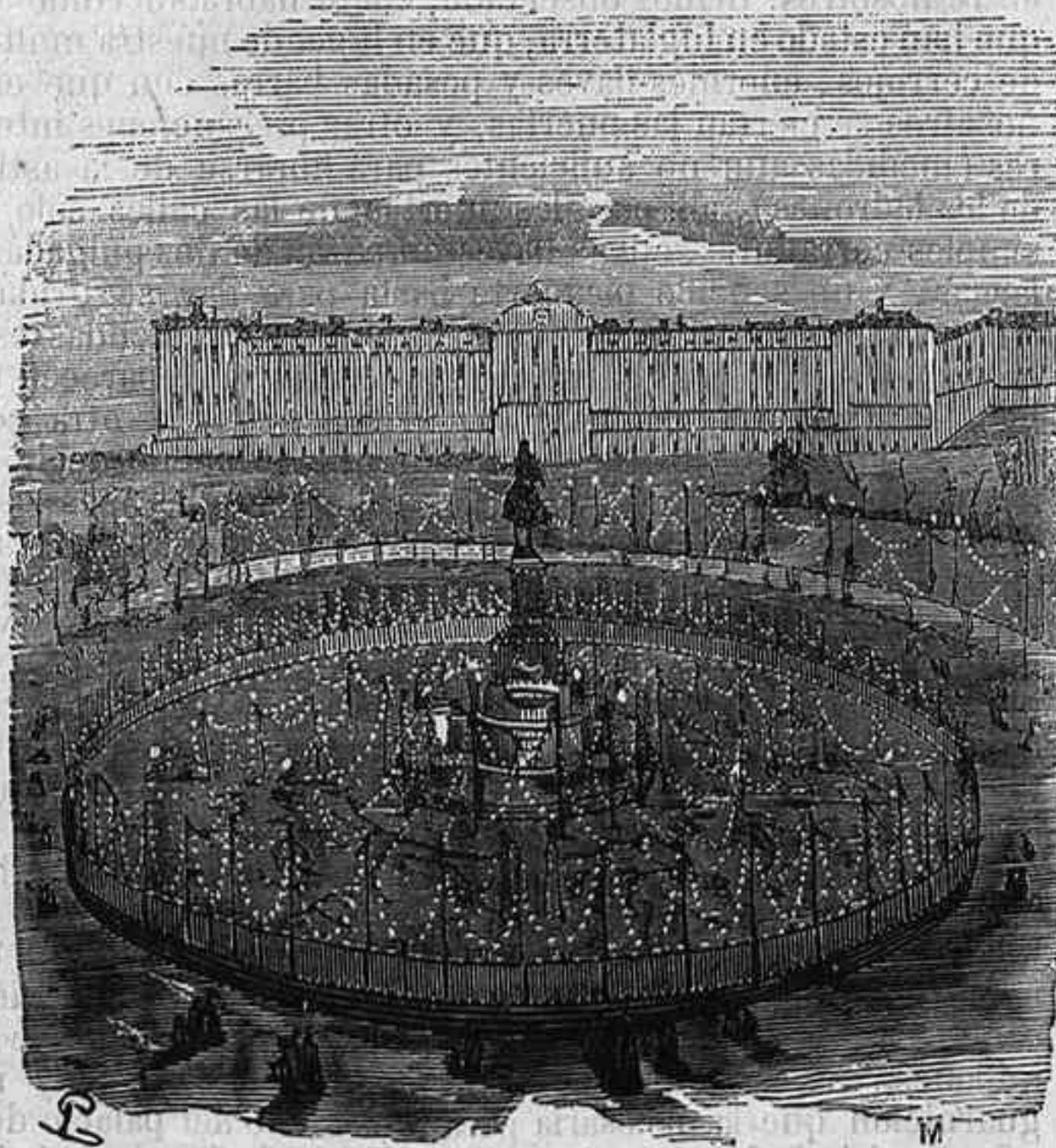
El Alcázar de Segovia reproducido en el cuartel de Artillería.

constitucion de Massachusetts y el empleo de medidas coercitivas. Estas cartas cayeron en manos de Franklin, que las comunicó á sus comitentes, y la indignacion que produjeron en la colonia fué extraordinaria. La cámara de representantes presentó su queja contra los culpables autores de aquella correspondencia, como promovedores de medidas que tendían á destruir la armonía entre la Gran Bretaña y la colonia de Massachusetts, como causa de haber introducido una fuerza militar en la colonia, y haberse hecho responsables de las

desgracias causadas por el choque de los soldados y de los habitantes. Los acusó tambien ante el consejo privado de Inglaterra, y Franklin tuvo el encargo de seguir el proceso.

Tanto el ministerio inglés como el rey Jorge, que aborrecían al agente americano, creyeron haber hallado la ocasion de perderlo difamándolo. Encargóse de la defensa de los acusados y de los insultos al acusador, un tal Wedderburn, abogado atrevido y burlon. El doctor Franklin fué por espacio

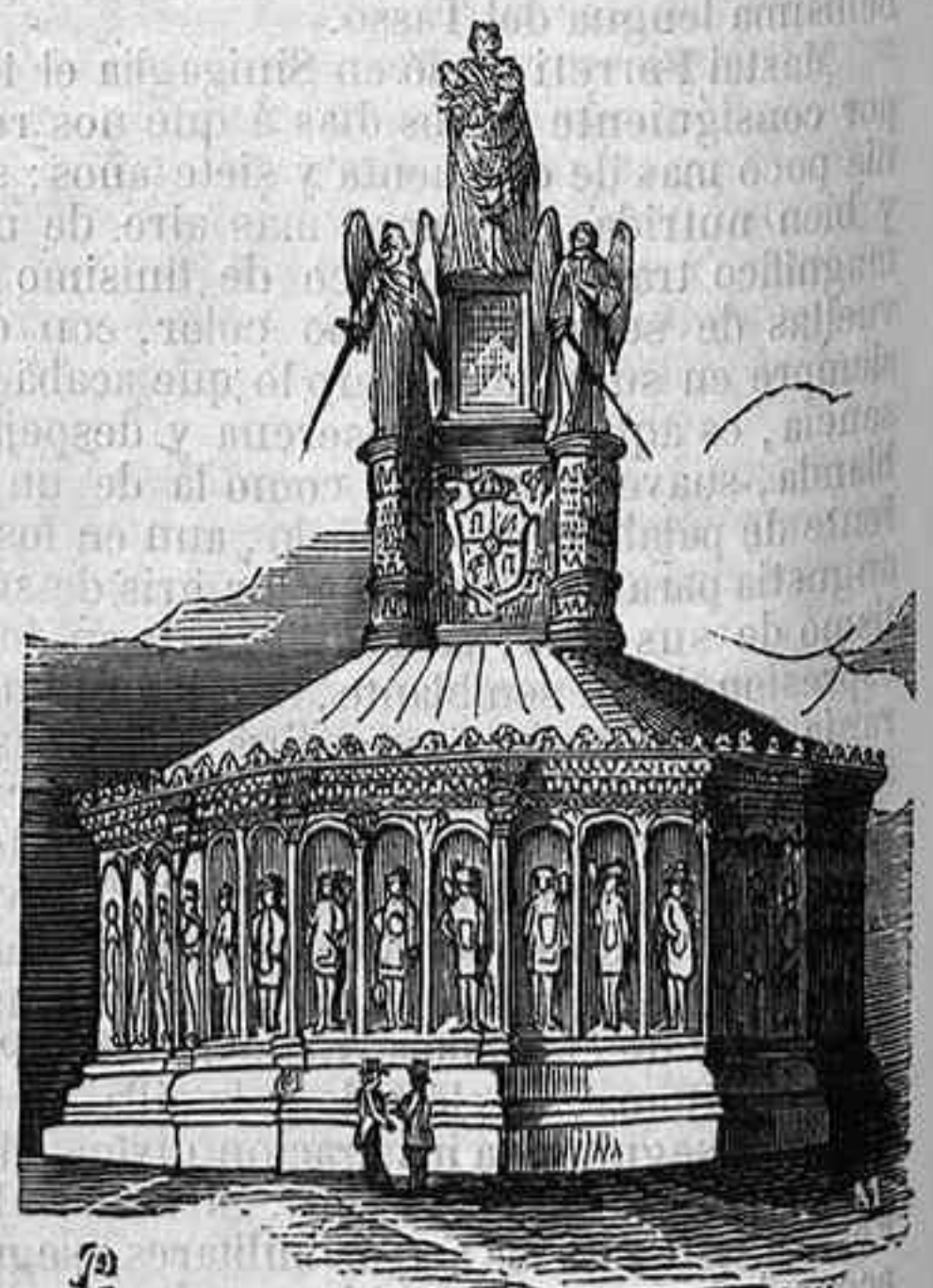
Franklin á un amigo suyo que le habia acompañado: «É ahí un bello discurso que el comprador no ha acabado de pagar aun; acaso le cueste mas caro de lo que piensa.» En efecto, Jorge III lo pagó poco despues con la pérdida de la América. El recuerdo que Franklin conservó de aquella sesion del 29 de enero de 1774, en que los iniciadores de las innovaciones inglesas quedaron absueltos con honor, y en que el defensor de las pretensiones americanas fué difamado con premeditacion, quedó profundamente grabado en su alma. El traje



Illuminacion de la Plaza de Oriente.

de las Indias envió sesenta cajas de té á las colonias, y las ciudades de Filadelfia y de Nueva York las devolvieron, pero los habitantes de Boston arrojaron al mar las que les llevaron. Con tal motivo el gobierno inglés revocó los privilegios concedidos á la provincia de Massachusetts, y en marzo de 1774 el lord North pidió al parlamento el bloqueo de Boston y otras medidas enérgicas contra los habitantes de aquella provincia. Aceptadas estas proposiciones se llevó á efecto el bloqueo, y el general Gage se situó en Boston con un pequeño ejército, mientras se levantaban en Inglaterra fuerzas mas considerables. La colonia de Massachusetts se decidió por la resistencia, y unidas á ella las demás colonias, el que hoy es estado de Virginia se anticipó negándose al comercio de importacion y de esportacion con la Gran Bretaña. Entre tanto, el general Gage, con seis regimientos de infantería y alguna artillería, estaba situado en una lengua de tierra que separaba á Boston del continente.

Los consejos que en 1773 ha-



Monumento erigido en el Prado.



Castillo levantado frente al cuartel de Ingenieros.

bia dado Franklin sobre la manera de entenderse con las cámaras, fueron puestos en práctica en 1774, convocando un congreso general, que se reunió el 5 de setiembre en Filadelfia, como el pueblo mas central de las trece colonias. Este congreso constaba de cincuenta y cinco miembros, entre otros Peyton Randolph, George Washington, Patrick Henry, John Adams, Dickinson y otros varios. En este congreso se redactó la declaración de los norteamericanos, que junto con una petición al rey y una manifestación al pueblo de la Gran Bretaña, fué remitida á Franklin.

El 29 de noviembre del mismo año se habia reunido en Londres un nuevo parlamento, y el ministerio habia tenido algunas negociaciones indirectas con Franklin: pero las condiciones de que este hacia depender la buena armonía con las posesiones inglesas de ultramar, no fueron aceptadas por el primer ministro ni por las cámaras. Sin embargo, en la de los comunes tuvieron el apoyo de Mr. Wilker y Mr. Burke, y en la de los lores el de lord Chatam, que tomó la palabra en sentido favorable á Franklin en las sesiones del 20 de enero de 1775 y el 2 de febrero siguiente. Al último de estos discursos contestó el lord Sandwich con alguna violencia, y aun atacó á Franklin directamente como autor del plan, y señalándole, pues se hallaba presente. Franklin permaneció tan sereno á pesar de ser el objeto de las miradas de toda la asamblea, que no



tros Boyle y Newton; al hombre, en fin, que honra no solo á la nacion inglesa, sino á todo el género humano.» Estas alabanzas, pronunciadas por aquella persona y de la manera que lo hizo, hicieron alterar los colores al filósofo de Filadelfia, que momentos antes habia escuchado inmutable los ataques de lord Sandwich.

En este caso, y conociendo que ya era inútil su mansión en Inglaterra, resolvió dar la vuelta á su pais natal, y seis semanas despues del 22 de marzo de 1775, dia en que se embarcó en Londres, pisó el cabo Delaware á los once años de ausencia. Los habitantes de Filadelfia lo recibieron con los mas inequívocos testimonios de afecto y veneracion, y el dia siguiente al de su llegada, la legislatura de Pensilvania le nombró por unanimidad miembro del segundo congreso que acababa de reunirse en aquella ciudad el 10 de mayo. En él ejerció Franklin una grande influencia y en el mismo se nombró á George Washington, el 15 de junio de 1775, general en jefe de las tropas coloniales, á consecuencia del ataque que el 19 de abril anterior habian hecho los ingleses en Lexington y en Concordia.

Dos dias despues de hecha esta eleccion y poco antes que el virtuoso Washington llegase á su campamento de Cambridge, el general Gage habia obtenido una pequeña victoria sobre el general angloamericano Ward, cerca de Bunker's Hill; pero en seguida fué sobre él Washington, y á poco tiempo llegó á reemplazarle el general Howe con nuevas tropas de Inglaterra.

La situacion en que estaba el asunto y las medidas del parlamento, hicieron que el congreso de Filadelfia, despues de oír el informe de una comision compuesta de Benjamin Franklin, Thomas Jefferson, John Adams, Roger Sherman, Philippe Livingston, anunciase el 4 de julio de 1776 que las trece colonias ya separadas del imperio británico, se habian constituido en Estados independientes con el nombre de Estados-Unidos de América. Esta declaración fué redactada por el abogado de Virginia, Jefferson.

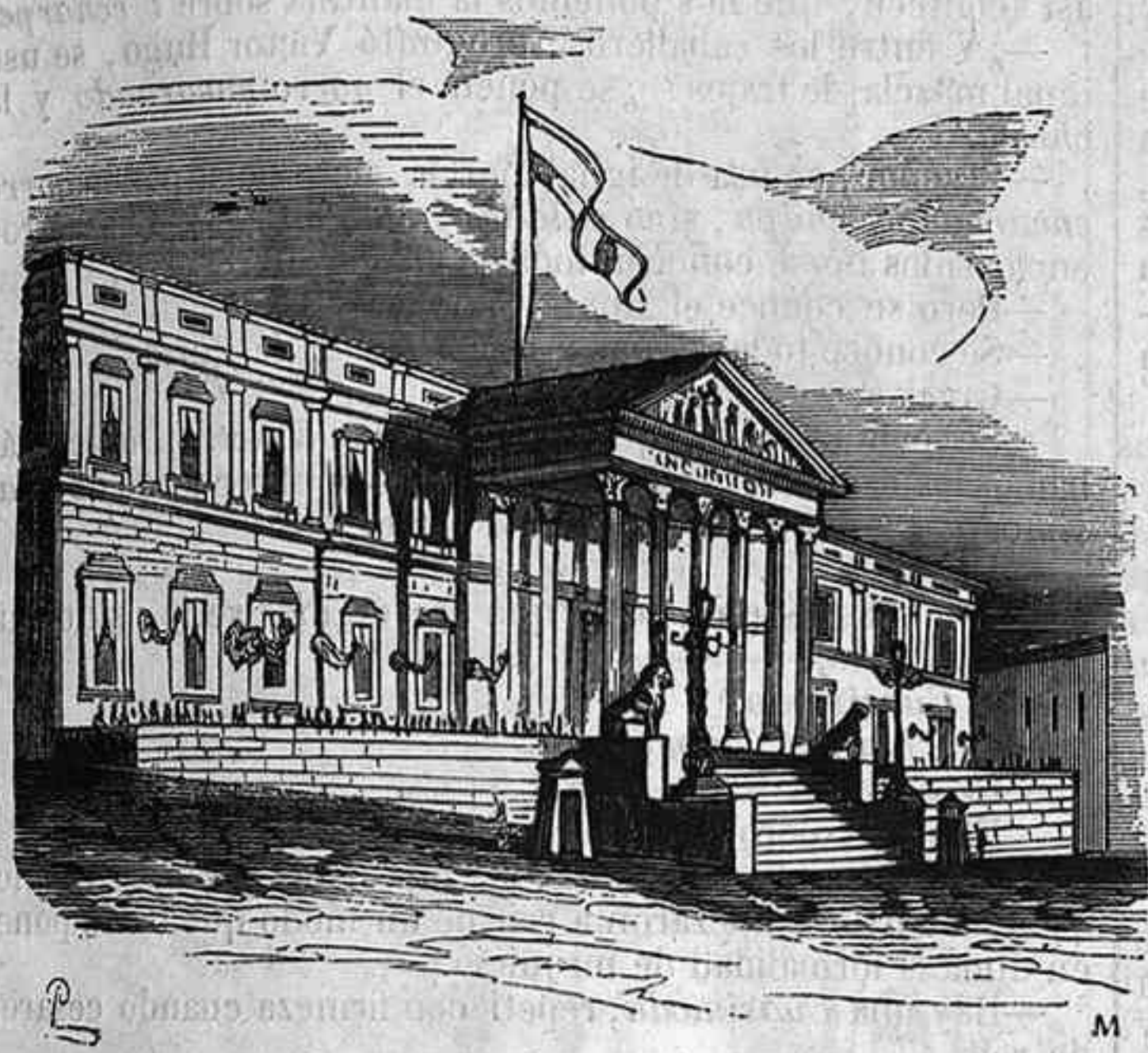
En la convencion que se celebró en Filadelfia en 1776, para constituir un nuevo gobierno para el Estado de Pensilvania, el doctor Franklin fué elegido presidente. La última constitucion de Estado que resultó de aquellas deliberaciones, puede considerarse como un digesto de principios de

gobierno, que se fundaban principalmente en la unidad del poder legislativo, y en la division del poder ejecutivo.

En el mismo año de 1776, lord Howe llegó á América con facultades para tratar con las colonias, y se puso en correspondencia con Franklin. Este fué nombrado en una comision con John Adams y Edward Rutledge para entenderse con los comisionados ingleses acerca de las condiciones de la Gran Bretaña; pero los términos propuestos no fueron aceptados.

Siguió su curso la guerra; diéronse diferentes batallas, entre ellas la de Long-Island, donde los angloamericanos perdieron cerca de 2,000 hombres; y viéndose el país destituido de tropas regulares y de todo recurso, apeló á la Francia, con cuya potencia ya se habian empezado á entablar negociaciones por medio de Silas Deane. En el último período de 1776 fué nombrado Franklin para trasladarse á París, donde no fueron desoidas sus proposiciones de alianza. Sin embargo, hubo algunas dificultades para aceptarlas desde luego, hasta que las representaciones del enviado angloamericano, y mas que todo la victoria de estos sobre el general inglés Burgoyne, disipó todos los obstáculos, y en febrero de 1778 quedó concluido un tratado de alianza ofensiva y defensiva.

Pocos dias despues de concluido y firmado este tratado, recibió Franklin despachos del comisionado inglés David Har-



Decoracion del Palacio del Congreso.

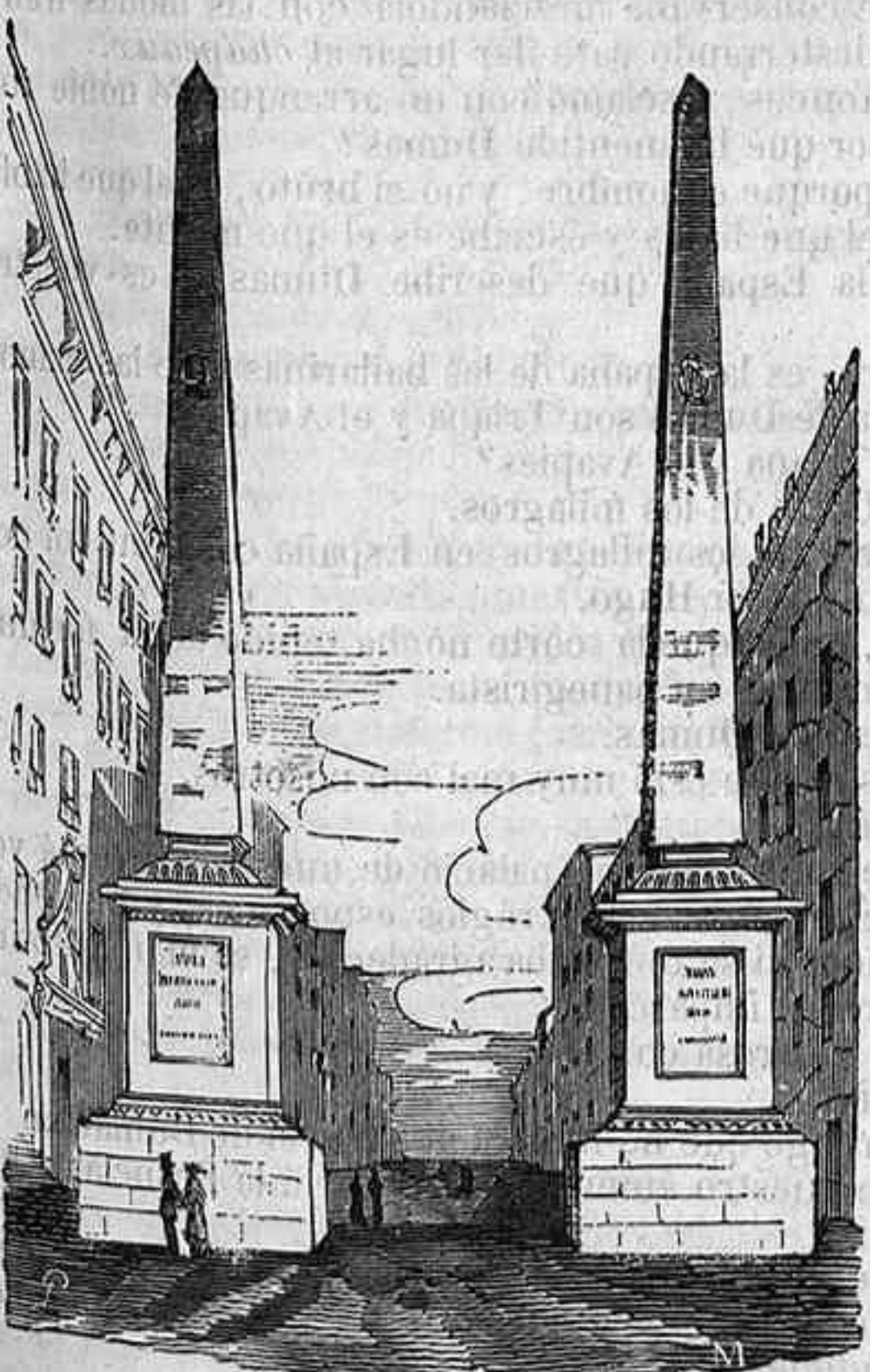
parecian dirigidas á él las palabras del lord; pero no pudo resistirse á la sensacion interior que produjeron en él los elogios de lord Chatam, que contestó á su oponente en estos términos: «Yo soy, dijo, el único autor del proyecto presentado á la cámara, y me creo tanto mas obligado á hacer esta declaración, cuanto veo que hay muchos que no hacen caso de ella. Si el plan es débil y vicioso, no debo consentir que se sospeche que otro ha tenido parte en él. Hasta aquí todo el mundo sabe que no



Arco erigido en la calle de la Almudena.

tley, remitiéndole las proposiciones conciliatorias de la Gran Bretaña; pero no siendo ya tiempo de considerarlas, el comisionado inglés pasó á París á tratar personalmente con Franklin, y de allí volvió á Inglaterra el 23 de abril, sin haber logrado el cumplimiento de su mision.

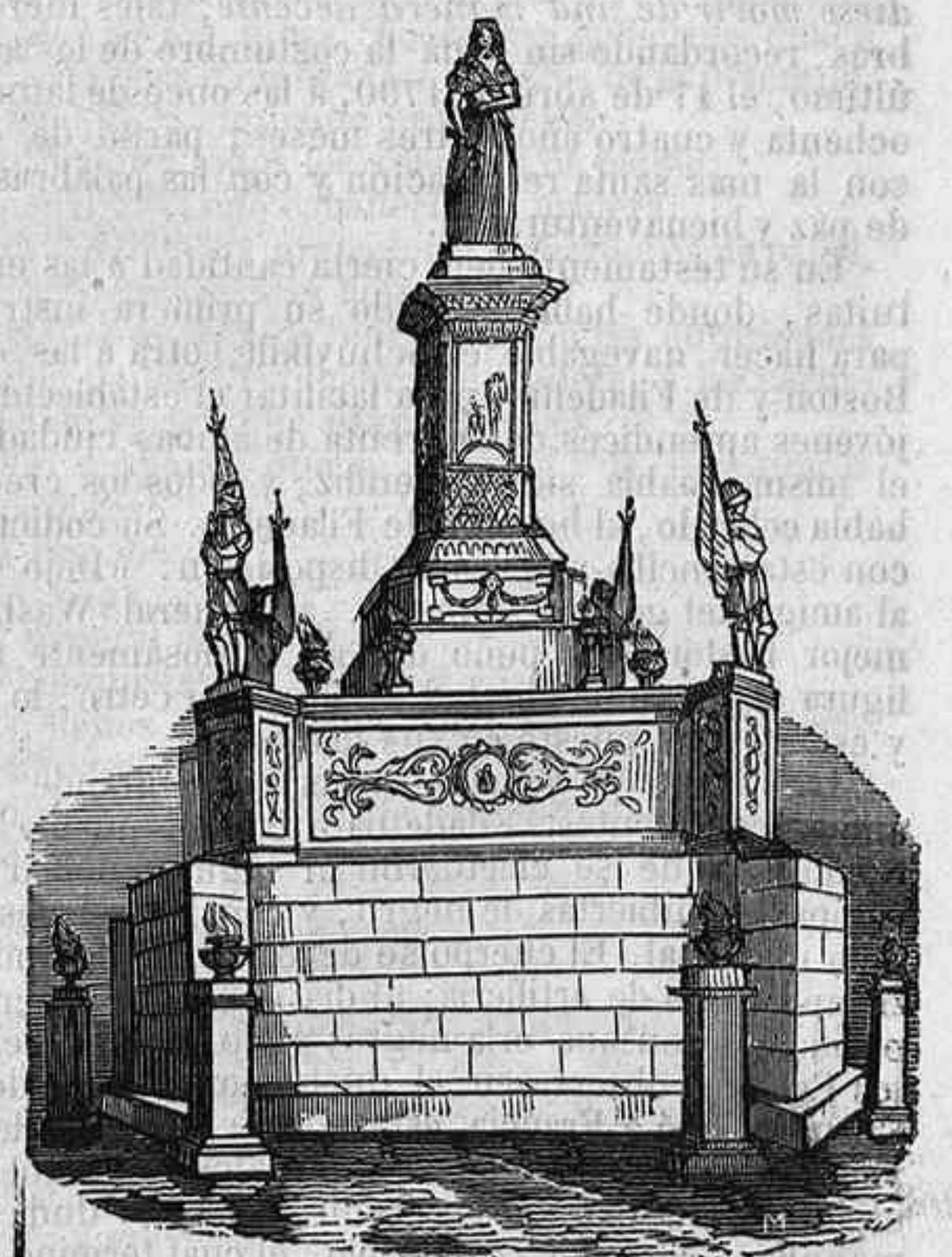
El 2 de mayo llegaron al congreso de Filadelfia los tratados concluidos entre Franklin y el gobierno francés; los cuales fueron en todas sus partes ratificados, y además se nom-



Agujas construidas en la calle de Alcalá.



Lola Montes.



Monumento erigido en la Puerta del Sol.

bró á Franklin ministro de los Estados-Unidos en la corte de Francia, que, por su parte, acreditó á Mr. Gerard de Rayneval cerca del gobierno de estos.

Desde aquel momento empezaron á llegar refuerzos al ejército de Washington, y por consiguiente, las fuerzas de la Gran Bretaña cedieron muchos puntos ya adquiridos. Pero no eran solo la Francia y los Estados Unidos

con quienes tenía que combatir la Inglaterra. España, que había hecho grandes esfuerzos para mediar y terminar de un modo pacífico la contienda, se unió por último á la Francia en junio de 1779; poco después la Holanda se decidió también en favor de esta, á consecuencia de la cuestión mercantil con Inglaterra; y con el poderoso apoyo de estas tres primeras naciones marítimas, se combinó la neutralidad armada de la Rusia, la Dinamarca y la Suecia, en julio y agosto de 1780.

A consecuencia de esta reunión de fuerzas, Inglaterra tuvo que dividir las suyas en diversas partes del mundo, y el mal éxito que esta división producía para sus intereses, junto con los fatales resultados que tenía para el comercio, condujo á los artículos provisionales de paz convenidos y firmados en París el 30 de noviembre de 1782 por Franklin, Adams, Jay y Laurens por parte de los Estados Unidos, y Mr. Oswald por parte de la Gran Bretaña. Estos artículos formaron la base de un tratado definitivo que se concluyó el 3 de setiembre de 1783, entre los mismos comisionados por estos Estados, y Mr. David Hartly por parte de Inglaterra.

Durante la permanencia de Franklin en París celebró otros dos tratados de amistad y comercio, uno con la Suecia y otro con la Prusia.

Llegado el año 1785, y terminado el asunto más importante del filósofo angloamericano en París, agobiado además por el peso de los años y de las dolencias físicas, viudo, pues hacía seis años que había muerto su esposa después de cuarenta y nueve años y medio de matrimonio, y deseando descansar, pidió al Congreso su reemplazo, y Mr. Jefferson fué nombrado para sucederle en su destino. En setiembre del mismo año llegó Franklin á Filadelfia con dos nietos suyos que le acompañaban, y al pisar de nuevo su patria recibió en el respeto y en el entusiasmo de sus conciudadanos el premio de setenta años de servicios y de virtudes. Inmediatamente fué nombrado miembro del supremo consejo ejecutivo, y poco después presidente del mismo en la ciudad de Filadelfia. En 1787 se convocó una convención en la misma ciudad para dar mayor energía al gobierno de la Unión, con las revisiones y enmiendas del pacto federal, y el anciano Franklin fué nombrado individuo de la comisión por el Estado de Pensilvania. También presidió en el mismo año las dos sociedades nombradas, la una *Sociedad de Filadelfia para aliviar las miserias de las cárceles públicas*; y la otra, *Sociedad de Pensilvania para promover la abolición de la esclavitud*, etc.; pero agravándose cada vez más sus enfermedades, dejó de asistir regularmente al consejo ejecutivo en 1788, y se retiró del todo de la vida pública.

Su constitución había sido excelente. Había padecido muy pocas enfermedades, excepto algún ataque accidental de gota, hasta 1781 que empezó á padecer de mal de piedra; pero en medio de sus dolores y en los intervalos que estos le dejaban conservaba el humor más jovial y su conversación nunca dejó de ser amena é instructiva. El atribuíala el constante buen estado de su salud á la ejemplar templanza que siempre había observado, pues aunque en 1735 sufrió una pleuresia que le incomodó algún tiempo, se restableció completamente de ella y no volvió á resentirse después. Sin embargo, la gota y la piedra no le permitieron casi salir de la cama durante el último año de su vida. En tal situación, el anciano filósofo se sobreponía con admirable fuerza á los dolores físicos, y su pensamiento siempre estaba ocupado con ideas grandes y sublimes; repetía sin cesar, y con una confianza firme, que todos los males de esta vida no son más que ligeras punzadas de alfileres, en comparación de la felicidad de nuestra existencia futura. Se regocijaba con hallarse á punto de entrar en la mansión de la felicidad eterna; hablaba con entusiasmo de la facilidad de ver al Padre glorioso de los seres, cuya esencia es incomprensible para el hombre más sabio del mundo; de admirar sus obras en los mundos más elevados, y de hablar con los hombres de bien de todas las partes del universo.

Tres días antes de su muerte rogó á su hija, Mrs. Sarah Bache, que lo asistía, que le hiciera la cama, para que *pudiese morir de una manera decente*; tales fueron sus palabras, recordando sin duda la costumbre de los antiguos. Por último, el 17 de abril de 1790, á las once de la noche, y á los ochenta y cuatro años y tres meses, partió de este mundo con la más santa resignación y con las palabras más dulces de paz y bienaventuranza.

En su testamento dejó cierta cantidad á las escuelas gratuitas, donde había recibido su primera instrucción; otra para hacer navegable el Schuylkill; otra á las ciudades de Boston y de Filadelfia, para facilitar el establecimiento de los jóvenes aprendices de imprenta de ambas ciudades en donde el mismo había sido aprendiz; y todos los créditos que no había cobrado, al hospital de Filadelfia. Su codicilo terminaba con esta sencilla y delicada disposición: «Dejo á un amigo, al amigo del género humano, al general Washington, mi mejor bastón con puño de oro curiosamente trabajado en figura de gorro de libertad. Si fuese un cetro, lo ha merecido y estaría bien puesto en sus manos.»

La muerte de Franklin causó una grande aflicción en ambos continentes. Filadelfia, todo el pueblo asistió á sus exequias, que se efectuaron al lúgubre doblar de todas las campanas cubiertas de negro, y con las señales de un respeto universal. El cuerpo se depositó, disparando al mismo tiempo salvas de artillería; al día siguiente salieron todos los periódicos con una orla negra; el congreso ordenó que todos los Estados observasen el duelo por espacio de dos meses. Cuando llegó á Francia esta noticia, la Asamblea Constituyente estaba en medio de sus trabajos, y Mirabeau quiso ser el intérprete del dolor común, como sin duda lo fué en su magnífico elogio de 11 de junio, el cual terminó pidiendo que la asamblea nacional vistiese luto tres días por Benjamin Franklin. Lafayette y el duque de la Rochefoucauld apoyaron la proposición, y la asamblea la adoptó.

Tales fueron los honores tributados á este hombre extraordinario, que tan admirablemente llenó los deberes de su vida y tan bien comprendió la muerte. Consideraba á la una como perfeccionamiento de la otra; y desde la edad de veinte y tres años había compuesto para sí, y con los términos del oficio que á la sazón ejercía, el siguiente epitafio, en que se manifiesta su confianza en Dios y su seguridad en un porvenir mejor: AQUÍ YACE, PARA ALIMENTO DE GUSANOS, EL CUERPO DE

BENJAMIN FRANKLIN, IMPRESOR, COMO EL FORRO DE UN LIBRO VIEJO CUYAS HOJAS SE HAN DESTROZADO, Y CUYA CUBIERTA SE HAYA GASTADO; PERO LA OBRA NO SE PERDERÁ; PORQUE VOLVERÁ Á APARECER, SEGUN CREE, EN UNA NUEVA EDICION, REVISTA Y CORREGIDA POR EL AUTOR.

El pobre aprendiz que componía este epitafio, después de haberse fugado á Filadelfia y de haber andado errante sin trabajo, llegó á ser el legislador y el golpe del Estado. De la indigencia pasó con el trabajo á la riqueza; de ignorante, se llevó por el estudio hasta la ciencia; de ignorado, llegó á ser tanto por sus descubrimientos como por sus servicios, por la grandeza de sus ideas y por la estension de sus bondades, la admiración de la Europa y el objeto de agradecimiento de América.

Franklin poseyó á un tiempo el genio y la virtud, la felicidad y la gloria. Su vida, constantemente feliz, es la más hermosa justificación de las leyes de la Providencia. Pero no solamente fué grande, sino bueno; no solo justo, sino amable. Util siempre para los demás, dotado de una serenidad inalterable, festivo, gracioso, atraía por los encantos de su carácter y cautivaba con las dotes de su genio. Nadie refería mejor que él un acontecimiento. Aunque con la mayor naturalidad, daba siempre á su pensamiento una forma ingeniosa, y á sus frases un giro encantador. Hablaba á la manera de la sabiduría antigua, á la cual sabía añadir la delicadeza moderna. Nunca fué perezoso, ni impaciente, ni arrebatado; al mal humor daba el nombre de *suciedad del alma*, y decía que la verdadera *atención y política hacia los hombres, debe ser la bondad*. Su refrán favorito era que *la nobleza está en la virtud*. Esta nobleza, para cuya adquisición ayudó á los demás por medio de sus obras, la enseñó él mismo con su conducta. Se enriqueció con honradez; se sirvió de sus riquezas con generosidad; negoció siempre con rectitud; trabajó con fé por su patria y por los progresos del género humano.

Mientras en el mundo se cultivan las ciencias, se admire el genio, se aprecie el talento, se honre la virtud, se quiera la libertad, la memoria de aquel sabio lleno de indulgencia, de aquel grande hombre lleno de sencillez, será una de las más respetadas y de las más queridas. ¡Ojalá pudiese aun ser útil con su ejemplo como lo fué con sus acciones! ¡Habiendo sido uno de los bienhechores de la humanidad, sea siempre uno de sus modelos!

UN PASEO DESDE EL TAJO AL RHIN.

DESCANSANDO EN EL PALACIO DE CRISTAL.

(Continuacion.)

Paris, 16 de julio por la noche.

Mad. Victor Hugo lleva cuarenta años de ser hermosa, y cuando la hermosura toma asiento en un rostro, sin abandonarle, aunque pase la juventud, hay motivo para creer que no la abandonará hasta la tumba. Esto es raro. Solamente la fealdad no es inconstante con el bello sexo. Muchas damas hay en el mundo cansadas de ser feas; pocas habrá, que como Mad. Victor Hugo, esten cansadas de ser hermosas.

Mad. Victor Hugo tiene los ojos negros, brillantes y rasgados de una española del Mediodía; la tez blanca y lozana de una francesa del Norte. Tiene la majestad de una reina y la sencillez de una aldeana. Tan digna estaría con una corona en la cabeza, como graciosa con un canastillo.

La impresion que ha hecho en mí su fisonomía, solo puede compararse con la que han hecho sus palabras.

Mad. Victor Hugo es una gran poetisa oculta bajo el modesto velo de la madre de familia. Su corazon ardiente, en vez de esterilizarse en escribir inútiles versos y contagiosas novelas, se consagró á hacer la felicidad de uno de los primeros poetas de la Francia, fecundando con su amor sus inspiraciones.

Háme recibido Mad. Victor Hugo como á una amiga de quien no tenía noticia, pero por quien se interesa en el momento de verla. Mi calidad de española ha encontrado favor



Victor Hugo.

en su alma, llena de simpatía hacia nuestro país, y me ha examinado con una atención verdaderamente maternal.

Al presentarme á su esposo, me dijo: «Mr. habla español.» En efecto, Victor Hugo me hizo su saludo en nuestro idioma.

Yo apenas pude contestarle, porque la sorpresa de verle me hizo enmudecer. Victor Hugo es la idéntica imagen de Napoleon que yo conocía por tantos de sus retratos y de sus bustos.

Las líneas de su rostro, el arranque de su cabellera, la expresion de su fisonomía y hasta su actitud, son copiadas por la naturaleza de la gran figura de Napoleon. Yo que nunca pude recordar á Napoleon sin repetir la oda de Victor Hugo; yo que nunca pude recordar á Victor Hugo sin repetir el nombre de Napoleon, me maravillé de hallar en el rostro de estos dos personajes la misma semejanza que yo les atribuía solamente en sus espíritus del héroe y del poeta.

Después de presentarme á su esposo, Mad. Victor Hugo me presentó á su hija, y aquí me aguardaba otra sorpresa. Aquella jóven me pareció la *Esmeralda*. Sin duda mi imaginación, preocupada con las obras de Victor Hugo, iluminaba los objetos con los colores de su pincel. Pero no; la belleza real de la hija de Victor Hugo es superior á la belleza ideal de la *Esmeralda*. La hija de Victor Hugo es la jóven más bella que he visto en mi vida. Es casi tan bella como su madre.

Las dos damas se fijaron en mi mantilla con una curiosidad verdaderamente infantil, y mostraron mucha estrañeza de que no llevara *basquiña*.

—Este traje, dijo Mad. Victor Hugo, es francés.

—Señora, la respondí, yo soy la mitad española y la mitad francesa, como todas las de mi país. Hemos adoptado las modas francesas sin abandonar completamente las españolas, y así acontece, que nos ponemos la mantilla sobre el *écharpe*.

—¿Y entre los caballeros, preguntó Victor Hugo, se usa igual mezcla de trajes? ¿se ponen el *gorro encarnado* y la *chupa*?

—Si señor, se usa de igual mezcla, pero no se ponen *gorro encarnado* y *chupa*, sino *calañes* y *Monte Cristo*. Los gorros encarnados no se conocen todavía en España.

—Pero se conoce el *Monte Cristo*.

—Se conoce todavía más á *Notre Dame de Paris*.

—Gracias.

—Se conoce tanto, que hoy al visitar á *Notre Dame* estábamos los españoles tan preocupados con el recuerdo de *Cuasimodo*, que creímos verle en la torre.

—De veras?...

—Y lo más estraño no es que creyéramos verle, sino que le hemos visto.

—A *Cuasimodo*?

—No, á una *Cuasimoda*.

—Cosa estraña!

—Estraña, pero verdadera.

Victor Hugo, su señora, su hija y los jóvenes que los acompañaban, empezaron á reir de un modo que hacia poner en duda la formalidad de mi juicio.

—Hay una *Cuasimoda*, repetí con firmeza cuando cesaron de reir.

—Pero la habeis visto?

—La he visto, la he hablado, la he palpado, y deseaba preguntaros si esta *Cuasimoda* era la causa ó el efecto de vuestra novela.

—La causa no, contestó Victor Hugo completamente serio, el efecto no lo sé, pero lo sabremos ahora mismo.

Tiró Victor Hugo del cordon de la campanilla, y dió orden á su criado para que fuese á llamar al campanero de la catedral.

En tanto que se descifraba el enigma, volvió Mad. Victor Hugo á preguntarme por qué habíamos abandonado nuestra *basquiña*, que permitía ver nuestros piés, y que era mucho más graciosa que sus faldas talares. Manifestó gran asombro porque la dije que el traje de *maja* no se usaba en España sino entre las bailarinas, y hasta la mantilla, que yo había dicho se conservaba mezclándola con las modas francesas, se iba desterrando para dar lugar al *chapeau*.

—Pues entonces, exclamó con un arranque de noble indignación, ¿por qué ha mentido Dumas?

—Señora, porque el hombre, y no el bruto, es el que habla y escribe, y el que habla y escribe es el que miente.

—¿Luego la España que describe Dumas no es vuestra España?

—No señora, es la España de las bailarinas y de las manolitas. La España de Dumas son Triana y el Avapiés.

—¿Que es Triana y el Avapiés?

—Como la Corte de los milagros.

—¿Hay Corte de los milagros en España como en mi novela? preguntó Victor Hugo.

—Si señor, pero aquella corte no ha tenido tanta fortuna como la de París con su panegirista.

—Mal estais con Dumas.

—Dumas es el que está muy mal con nosotros.

—Y por qué?

—Porque le convidaron al palacio de nuestros reyes á ver la magnífica ceremonia de los régios esponsales, y temiendo parecer adulador si se mostraba agradecido, se manifestó ingrato para parecer imparcial.

—Sois muy rigorosa con él...

—Soy española.

—Y yo os ruego que no influya el agravio de Dumas en la disposicion de vuestro ánimo para juzgar á la Francia. ¿Qué os parece París?

He visto aun muy poco. No conozco de él sino sus muertos y á una parte del pueblo que se agitaba en torno de la columna de *Vendome*.

Comm' une fourmilière aux piés d' un elephante.

—¿Habeis leído mi oda? ¿Conoceis en España la literatura francesa?

—Mas que en Francia la española.

—Conocemos á Cervantes y á Calderon.

—Pero no á nuestros contemporáneos... ¿conoceis á Quintana?

—Así... un poco.

—Y á Espronceda?

—Jamás he oído su nombre.



—Y á Zorrilla?...
 —Zorrilla... Zorrilla... ¿no es un poeta dramático?
 —Es lírico.
 —Tengo una idea confusa.
 —Y á Hartzenbuech?
 —Es alemán?
 —Alemania le quisiera para sí, pero España reclama su nombre, porque nació en Madrid.
 —No le conozco.
 Confieso que al oír las ingenuas palabras del ilustre francés, sentí en mi cabeza un ardor como si acercasen á mi frente hierros encendidos. ¡Es posible, murmuré entre dientes, que nosotros hayamos leído á *Martin el Espósito* y visto representar á *La Monja Alferez*, y que los franceses no tengan noticia ni de la oda á la *Invencion de la imprenta*, ni del *Himno al sol*, ni del *Capitan Montoya*, ni de *Los Amantes de Teruel*! ¡Ay! ¿para qué escriben los ingenios españoles si su fama no ha de volar mas allá del Ebro?...
 —¿Por qué os habeis entristecido? me preguntó Victor Hugo.
 —Porque me estaba acordando de nuestros hermanos los portugueses, que son los únicos que nos conocen en Europa.
 —Sois muy amigos de los portugueses?
 —Sí, somos compañeros de infortunio y de soledad...
 En esto estábamos cuando se anunció la guardiana de *Notre Dame*: fijámonos en la puerta ávidos de curiosidad, y una exclamacion general acogió su entrada.



Quasimoda.

Victor Hugo era el mas confuso. Creia, como el Convidado de piedra que se le aparecía el demonio, á quien habia invocado, y con no menos valor que D. Juan Tenorio dió algunos pasos hácia la *Jorobada*, preguntándola con voz fuerte, como persuadido de que era sorda:
 —¿Quién eres?
 —La guardiana de la torre de Nuestra Señora; replicó tímidamente.
 —¿Cuándo has entrado allí?
 —Hace seis meses.
 —¿Te buscaron para que fueras guardiana?
 —Sí señor.
 —Basta, retirete.
 Victor Hugo, como todo hombre superior, no manifestó hallarse lisonjeado por aquella muestra de popularidad entre los franceses, sino que condenó la idea por pueril.
 Ciertamente que era harta puerilidad la de ir buscando por todo París un ser deforme para realizar el fantasma de un novelista.
 Reinó un profundo silencio despues de aquella escena, durante el cual cada uno meditaba, sin duda, acerca de la *Quasimoda*; hasta que Victor Hugo se dirigió á mí para hacerme nuevas preguntas relativas á España.
 —¿Sois felices con la monarquía?
 —Creo que somos menos desgraciados que Francia con la república.
 —¿Amais á vuestra jóven Reina?
 —Y cómo no amarla, señor, siendo tan buena?
 —Pero allitambien hay luchas, hay trastornos.
 —Sí; pero no los produce el pueblo español.
 —¿Pues quién?
 —El pueblo francés, que como un gran vapor que cruza el Sena, conmueve á las barcas que navegan tranquilamente por su orilla.
 —Es decir que ahora está la España sosegada.
 —Lo está la Francia?
 Victor Hugo hizo un gesto muy significativo, y respondió sonriéndose.
 —Sí, la Francia está tranquila hoy... pudiera suceder que no lo estuviese mañana...
 —¡Dios mio, todavia nuevas revoluciones! ¡No estais cansados de contiendas!
 Victor Hugo tomó un libro y lo hojeó maquinalmente. Despues prosiguió dirigiéndose á su hija:

—Mira la catedral de Sevilla; y luego volviéndose á mí:
 —¿No sois andaluza?
 —Estremeña.
 —¿Quién sabe si algun dia iremos por vuestro país...
 —Mi país es el vuestro, porque en ningun rincon de España puede ser extranjero Victor Hugo.
 —Mucho me satisface saberlo, porque acaso no esté distante el dia en que yo tenga que buscar hospitalidad...
 Estas breves palabras hicieron una honda impresion en cuantos las escuchamos, y nadie osó despues de ellas interrumpir el silencio que habian difundido.
 Parecian una profecía.
 Cuando me levanté para despedirme sentí oprimido mi corazon y próximas á brotar mis lágrimas. Tengo, Emilio, el presentimiento de que á esta excelente familia va á sucederle una desgracia.
 Mad. Victor Hugo me estrechó en sus brazos y me dijo:
 —No lloréis, hija mia; nosotras hemos de volver á vernos.
 —¿Ah, señora, es muy difícil que vuelva yo á viajar!
 —Nosotros iremos á buscaros, repuso con galantería Victor Hugo: dadme una de las flores que llevais en la mano, para que nos consuele, entre tanto, de esta ausencia.
 Mad. Victor Hugo me manifestó su deseo de poseer una de mis mantillas, y cuando he llegado al hotel la he enviado mi velo blanco, y un último adios de tierna despedida.
 Nunca olvidaré á estos amigos de una noche, como á veces se olvida á los amigos de muchos años; y aunque tarde algun tiempo en verte, podré dibujarte, Emilio mio, cuando vaya á tu lado, la casa de Victor Hugo; el salon donde me recibieron; su busto coronado de laurel, que adornaba la testera; la gran silla de la hermosa matrona, y aquellos dos rostros que brillaban con la luz de la inteligencia del poeta, que se reflejaba en ellos como dos gotas de rocío con un rayo de sol.

CAROLINA CORONADO.

FIESTAS REALES.

«Al describir con exactitud, imparcialidad y crítica los monumentos erigidos á espensas de respetables corporaciones, en obsequio de S. M. la Reina nuestra señora, no podemos olvidar que la premura con que han sido ejecutados, es circunstancia muy suficiente para desgraciar el proyecto mas acabado. Hemos tenido asimismo presente que la arquitectura se halla en España recorriendo un periodo de transicion, que ignoramos cuándo y de qué manera terminará.
 Arrastrada por el torrente de las ideas innovadoras, ha roto con tradiciones poco hace veneradas; cita con desden los respetables nombres de *Herrera* y *Rodriguez*, y buscando una cosa nueva, que no pudieron comprender aquellos profesores, engalana la casa de un comerciante ó la de un magnate con los ornatos copiados del sepulcro de un cardenal, que murió á fines del siglo XV ó principios del XVI.
 Tal es sin disputa el estado actual de la arquitectura, y de tal manera le comprenden los hombres pensadores. Nadie sin embargo tiene la culpa de tamaña calamidad. El trascurso del tiempo la produjo, y solo á este le es dado remediarla.
 Hechas las anteriores advertencias, que nos han parecido oportunas y aun necesarias, pasamos á dar noticia de la forma y ornatos de los monumentos.
 Consiste principalmente el arco de triunfo de la calle Mayor, en dos pilastrones, sobre los que corre una balaustrada, que estendiéndose por ambos costados, intesta en las fachadas de las casas, insistiendo en dos arcos ojivales por sus extremos, que á la verdad ninguna relacion tienen con el cerramiento del vano central ni con los adornos churriguerecos que engalanan los escudos de armas de Madrid, con que termina el arco. Sorpresa grande nos ha causado al leer en el número de ayer de *La Nacion* que este arco pertenece al renacimiento, cuando la estincion de la ojiva fue el primer paso que dió el espresado género de arquitectura. La mezcla de estilos, que está en boga al presente, produce un conjunto desagradable, y es un principio que donde falta unidad de pensamiento no puede haber belleza. Prescindimos de otros defectos por las razones que hemos espuesto al principio del artículo.
 Guardando proporcion con el sitio que ocupa y los edificios que le rodean, el cuerpo de arquitectura que se levanta en el centro de la Puerta del Sol, consta de un primero y segundo zócalo, viéndose en el medio un pedestal que forma un polígono irregular en su planta, con cuatro lados mayores en los frentes y cuatro menores que cortan los ángulos. Sienta en este pedestal, coronando el todo, la estatua de S. M. la Reina, custodiada por dos que pudieramos llamar continos ó continuos, é igual número de reyes de armas con sus costas de las de Madrid: figuras que ocupan los ángulos del segundo zócalo y hacen buen efecto como todo el monumento, el mas bello sin disputa de los que han sido contruidos en estos dias, por el acorde que observa en sus líneas, que juegan armoniosamente, por estar en consonancia con el modo de ver de la generalidad, y por ser las esculturas que le decoran las mejores entre las que han aparecido estos dias.
 Sentimos no poder convenir con *La Nacion* en el juicio que hace del arco levantado frente al Congreso de diputados, pues le gradua nada menos que de magnífico. Si en artes se aprecia la cantidad y no la calidad, nada tenemos que decir, pero si la forma elegante ha de ser atendida sin tomar en cuenta el tamaño como cualidad suficiente por sí sola para constituir belleza, repetimos que á nuestro parecer no es magnífico. Digase en buen hora que fué preciso hacer el proyecto en pocos momentos y que en pocos dias ha sido ejecutado; pero concédasenos que no estan en el carácter de aquella gran masa las antas lánguidas que la decoran, las raquíticas estatuas con pedestales exentos, cuyas líneas no juegan con las del embasamento del arco, ni la diminuta crestería formada por los escudos de armas de nuestras provincias. ¿Y qué diremos de la falta de la imposta en el arranque de la archivolta? Sin duda el Congreso habrá querido gastar poco en esta obra de mero lujo, para destinar la mayor suma posible á la fundacion del proyectado hospital de la Princesa.

Oportuno ha sido el pensamiento del cuerpo de artillería al representar el interesante Alcázar de Segovia, utilizando la ventajosa posicion que para ello ocupa el cuartel de su arma.
 Inmediato al referido cuartel hallase en el gran salon del Prado, frente á la fuente de Cibeles, el monumento inventado y dirigido por los estudiosos alumnos de la escuela especial de Arquitectura. Es de gusto griego, y consta de un embasamento que traza en su planta un dodecágono con pilastras en los ángulos, elevadas sobre un zócalo que figura ser de granito cárdeno. Llenan los intercolumnios treinta y seis heraldos con sus cotas de armas de las provincias, coronando este primer cuerpo una cornisa de buenos perfiles, terminada por un anteficinas, alternando con escudos de armas colocados á plomo de las pilastras.
 El segundo cuerpo, que se eleva en el medio, es cuadrado, con cuatro cubos, que además de reforzar los ángulos sirven de pedestales á otros tantos genios que defienden á S. M. la Reina, cuya estatua descuella en el centro de este grupo. Dos circunstancias hay para que el monumento de la Puerta del Sol agrade al público mas que este: es una, que las líneas del primer cuerpo no juegan como en aquel con las del segundo; y la otra y mas esencial, que la arquitectura pintada se comprende por las personas entendidas en la parte erudita de las artes, que son en corto número, y choca y aun repugna á la generalidad. Seria de desear que no se hubiese hecho uso de la figura cilíndrica en los ángulos del segundo cuerpo, fundándonos en que pertenece á la arquitectura militar y no á la civil. En concepto de amistoso consejo, y no como crítica, advertimos á los apreciables autores de este proyecto, que el espresar los nombres de las provincias de España sobre los heraldos que ostentan sus armas, ha sido poco acertado, pues al público, del que hacen parte muchas personas instruidas en heráldica, le agrada que se cuente con su ilustracion así en este como en otros ramos.
 Respecto al anacronismo de colocar heraldos de la edad media en un monumento de la Grecia antigua, creemos que hubiera sido oportuno el evitarle.
 Nada queremos decir de la malísima ejecucion de este y otros monumentos, por hacernos cargo del tiempo muy corto en que han sido ejecutados.
 No es tampoco digno del elogio que le tributa *La Nacion*, el castillo levantado por el distinguido cuerpo de Ingenieros. El servir de fondo la puerta de Alcalá, quita el efecto; las torrecillas del segundo cuerpo son desgraciadas, sin la esbeltez que en las del siglo XV se observa, y aquel desproporcionado trasparente del mismo cuerpo han desagradado como era de esperar.
 Sensible ha sido que al insertar *La Nacion* los artículos descriptivos de los ya citados monumentos, haya citado nombres de pintores distinguidos que en esta ocasion han tenido que ejecutar indispensablemente cosas que valen muy poco, si se exceptuan las dos Famas del pórtico del Congreso.
 Aunque brevemente, hemos dado noticia de los principales monumentos dispuestos en la carrera que S. M. la Reina llevó al dirigirse á la iglesia de Nuestra Señora de Atocha en el dia de anteayer; grato nos hubiera sido hallar mucho que aplaudir y encomiar, pero prescindiendo del grandioso y popular objeto á que han sido consagrados, creemos que al público se le debe decir la verdad.»

Congreso de la Paz.

Las últimas sesiones de este cuerpo se celebraron en Londres. Nosotros vamos á dar extractos de las mismas, á fin de que los que lean la *ILUSTRACION*, se persuadan de la importancia de los grandes trabajos de unos hombres dedicados esclusivamente á hacer la felicidad de las naciones.

Sesion del 23 de julio.

El Congreso se ocupa de establecer una severa vigilancia sobre los juguetes de los niños. Todos los gobiernos deben ponerse de acuerdo para moralizar los placeres de la juventud. Queda pues adoptada la siguiente proposicion:
 1.º—Se inutilizarán todos los soldados de plomo.
 2.º—Se quemarán los de caballería de madera.
 3.º—Se harán anticos los granaderos y cazadores de papel, que inspiran á la infancia ideas belicosas.
 4.º—Los padres de familia entregarán á las autoridades los sables de hoja de lata, los fusiles de madera, y las cartucheras y shakos de cartón que usan sus hijos.
 Un individuo propone que se prohíba á la juventud la lectura de estas obras:
 La Historia romana,
 La Historia griega,
 La Historia general de Europa,
 Victorias y conquistas.
 Estos libros, llenos de relaciones sangrientas, de guerras y de batallas, convierten á los niños en bestias feroces. Se aprueba la proposicion, y se acuerda dar conocimiento de ella á todos los gobiernos.

Sesion del 25.

M. Cottonet pronuncia el discurso siguiente:
 Señores: en muchos pueblos y aldeas se acostumbra pregonar á son de tambor todas las disposiciones de la autoridad local, lo cual presenta graves inconvenientes.
 El sonido del tambor recuerda ideas de lucha y de sangre, y contribuye á endurecer los corazones y á conservar las costumbres soldadescas.
 Otro miembro.—Propongo la supresion del tambor, de la corneta y del bombo.
 Queda aprobada la proposicion.
M. Cottonet.—El pífanos es cómplice del tambor; que se suprima tambien.
 Todos.—Sí, sí.
 Uno.—Que se pregone con flauta.
 Otro.—Con oboe.
 Otro.—Con fagot.
 (Tumulto general: los miembros del Congreso de la Paz no se entienden, y llegan á las manos. ¡Cuadro de batalla!!!)



Los forasteros atraidos á Madrid por las fiestas Reales.

FORASTERO. (Al cicerone que le trae de ceca en meca hace veinticuatro horas.)—Dígame V., ¿sería fácil subir por dentro de la pirámide del Dos de Mayo hasta colocarse en la punta, y disfrutar de la vista que haya desde allí? daría cualquier cosa por satisfacer este capricho.

CICERONE.—Es muy difícil alcanzar el permiso; sin embargo, si V. conoce al diputado de su provincia, tal vez lo logre por medio de él...



La cuestion mas importante para la sociedad del dia.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.